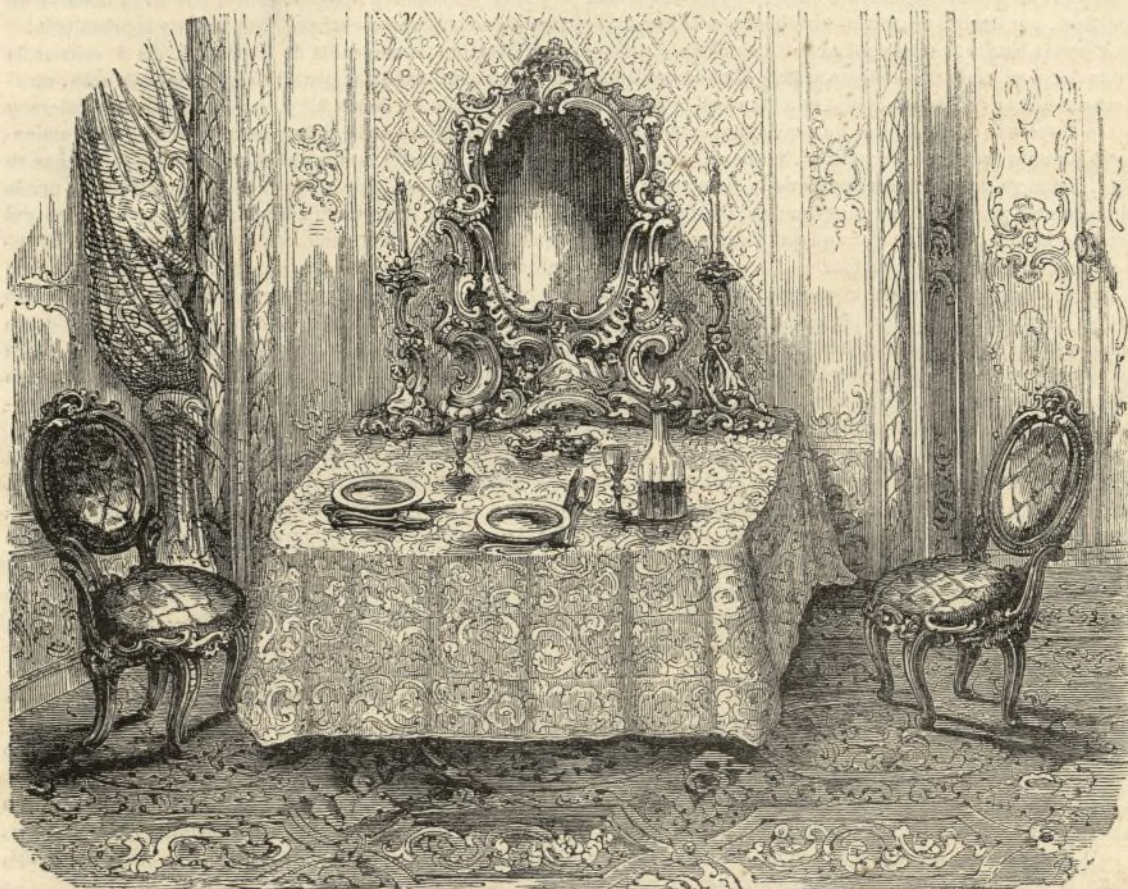


## ESTUDIOS DE VIAGES.



El espejo de la novia; costumbre rusa.

## LA RUSIA Y LOS RUSOS.

## III.

## EL ESPEJO DE LA NOVIA.

(Costumbres interiores.)

En las lóbregas noches de invierno las calles de San Petersburgo son poco transitadas, y durante el frío rigoroso puede decirse que están absolutamente desiertas, en especial las mas apartadas del centro de la poblacion; apenas se vé algun trineo deslizarse rápidamente y desaparecer en la oscuridad. Unicamente en las esquinas de las boca-calles, debajo de un farol envuelto en un círculo de densa niebla que escurre la humedad, el *boutchuik* (1) hace su solitaria

(1) Agente de policia armado con una vieja alabarda, está de centinela y vigila á la parte de afuera de una garita ó casilla de madera llamada *boutka*; dentro de esta hay otros dos de prevención esperando su turno para entrar de faccion.

25 de Setiembre de 1852.

centinela, echando de cuarto en cuarto de hora el fatidico ¿quién vive?

Nosotros vamos á trasladarnos al cuartel de Wladimir: no lejos de la iglesia de ese nombre se encuentra una larga y solitaria calle que hace poco tiempo la formaban casas viejas de madera, cuya construccion remontaba hasta la fundacion del mismo San Petersburgo, pero que en el dia está embellecida con grandes palacios de ladrillo, y adornadas sus fachadas con balcones y miradores á estilo de Venecia, que le dá cierto aire de suntuosidad y coqueteria. No obstante, conforme va internándose en la calle comienzan á presentarse de nuevo los vetustos edificios, de poca elevacion y cercados con un jardinillo en el que crecen abedules llorones cuyas flexibles ramas juguetea y azotan el tejado: nos hallamos en frente de una de estas casas: la claridad y resplandor que sale por sus ventanas anuncian que se ha celebrado alguna funcion. Es la morada del general B. Despues del árbol de Navidad ha celebrado un sarao de confianza al que, sin embargo, no ha asistido aquel, porque en calidad de ayudante de campo del emperador debia aquella noche presentarse en la corte.—Los

Tomo x. 25



convidados se han ido retirando poco á poco y no tarde, y ya el último carruaje ha hecho crugir la conjelada nieve. —Puesto que están todavía en pie sus habitantes, entremos dentro del palacio.

Hé aquí un precioso gabinetito en el que vela una joven, sepultada, por decirlo así, en los almohadones de una elástica y honda butaca, que se apoya contra un compacto montón de flores exóticas de esquisito aroma. Está amueblado y adornado con la profusión de lujo que los ricos moscovitas gustan desplegar en el interior de sus habitaciones, aun á riesgo algunas veces de perjudicar lo que exige el buen gusto. Están ya apagadas las buglas de la chimenea; pero del techo está pendiente una lámpara de alabastro que espärce por la sala una dulce claridad que ilumina los objetos de un modo indeciso y encantador.

La encantadora joven cuenta apenas diez y siete años: es rubia, pero de ese rubio intenso que dá realce á la fisonomía, y dulcificándola la dá cierta espresion particular. Su abundante y sedosa cabellera denota una plenitud de vida que hechiza la vista: sus cejas admirablemente arqueadas, sus ojos de un brillo y viveza singular, su boca un poco grande, empero de una frescura maravillosa y que deja ver por momentos una doble fila de menudos dientes blancos y acerados como los de la ardilla; este conjunto forma una fisonomía llena de animación, de gracia y de chocante travesura.

Una morena camarista en actitud sumisa está en pie delante de ella: tiene ésta fija la vista en un pequeño reloj de oro esmaltado, orleado de perlas finas, pendiente de su cintura con una rica cadena del mismo metal.

—María Pawlowna (María, hija de Pablo), dijo la doncella, todo está preparado, y la nodriza pregunta si puede venir.

—Vé á decirle que la estoy aguardando, querida Acolina; es bien extraño, añadió poco después ruborizándose: el corazón me late como si fuese á hacer alguna cosa mala.

—Y sin embargo, no hay nada que no sea muy inocente.

En la aldea de donde he venido á servirlos no hay una sola joven que no consulte el plomo derretido la víspera de Navidad, y que no procure saber después el nombre de su prometido... ver después en el espejo misterioso este mismo prometido.

—¿Y tú, Acolina, has visto al tuyo?

—Yo, María Pawlowna, me he contentado con saber su nombre: se llama Fedor, se ha visto en el plomo derretido que era dentchik (lacayo militar), de elevada estatura y moreno.

—Pero este es el retrato de Fedor, el dentchik de mi padre, observó la hija del general.

La doncella se sonrojó, y para disimular su confusión preguntó á su señora si podía ir á llamar á la nodriza.

—Ve, mi Acolinita, vé.

Al cabo de algunos minutos se presentaba la nodriza en traje nacional, apretada la cabeza con un estrecho pañuelo de seda, el casacaquin ribeteado con pieles blancas y la saya de paño encarnado. —Las criadas de la joven, tan curiosas como su señora, seguían á la nodriza. Una de ellas traía una vasija de agua fría en la que debía echarse el metal fundido. —Se hizo la operación: el plomo liquidado en un brasero encendido fué precipitado dentro del agua rechinando, y volviendo á su estado sólido presentó las formas más extra-

ñas, mas varias, y si decirse puede, las más imposibles. La nodriza sacó de la vasija la masa metálica así desfigurada, y se puso á explicar sus diferentes configuraciones y accidentes, y después de observados con un aire de convicción é inaudita gravedad y aplomo, refirió una larga historia de afecto que la joven escuchaba conmovida y sobresaltada.

Entretanto la manecilla de la péndola iba á señalar la media noche. Acolina se precipitó fuera del gabinete, atravesó corriendo las demás salas, bajó volando la escalera y en un momento se halló en la puerta principal que iluminaba un farol, la calle estaba desierta y silenciosa: apenas se oía á lo lejos el ruido de algun carruaje amortiguado por la nieve. La joven doncella fija la vista en la profundidad del espacio prestaba atento oído con la mayor ansiedad; de repente su rostro centellea de gozo: acaba de oír el trote de un caballo que se aproximaba rápidamente: era un trineo en el que se veía un oficial, cuyo casco con águila de oro deslumbró muy pronto la vista de Acolina; ésta se había puesto en medio de la calle á riesgo de ser atropellada por el trineo. Afortunadamente el conductor la había percibido y contuvo la marcha del caballo.

—¿El nombre de vuestro amo? gritó la camarera.

—¿Dmitri, respondió el cochero sin mostrarse admirado, y alojando las riendas al caballo, continuó su rápida marcha. La joven subió muy alegre y fué á ponerse al lado de su señora.

—Dmitri, exclamó al entrar en el gabinete.

María se ruborizó al oír este nombre...

—¿Dmitri? balbuceó...

—Sí, María Pawlowna, un hermoso oficial en un soberbio trineo tirado por un arrogante caballo. —Dmitri, me ha dicho su cochero.

—¡Oh! nombre encantador, dijo la hija del general dando una palmada con sus hermosas manos.

—¡Hola! dijo la nodriza, ese es el joven rubio, arrogante y agraciado que hemos visto en el plomo... y que vais á ver, hija mía, en el espejo de Navidad; vamos, es la hora fija, todo está listo, María Pawlowna.

—Animo, y vuestro prometido se os aparecerá tal como yo acabo de deciros.

—¡Oh! ahora tengo miedo, dijo la joven arrimándose á su nodriza.

—¿Miedo de ver la figura de vuestro prometido en un espejo? Vamos, habeis perdido el juicio; ¿puede temerse ver estas cosas? —Yo tenía un año menos que vos cuando vi á mi pobre Wasili-Ocipouvitch (Basilio hijo de José) y os aseguro que no tuve el menor temor.

Estas palabras calmaron un poco á la hija del general.

—Vamos, nodriza, dijo ésta, yo procuraré no tener miedo, vedme pronta.

—Apartaos vosotras, añadió la nodriza dirigiéndose á las criadas, se os llamará cuando se os necesite.

El aposento de María estaba colgado de blanco y amueblado con rica y elegante sencillez.

En esta salita virginal había puesta una pequeña mesa cuadrada cubierta con un mantel riquísimo, con dos cubiertos como si hubiesen de venir dos convidados á sentarse á ella. Dos antorchas de blanquísima cera iluminaban á esta misteriosa mesa, y entre las dos estaba colocado un espejito de tocador con marco de plata; en éste era donde debía aparecerse la imagen evocada del prometido de la jovencita.



Luego que ésta se encontró sola en el silencioso aposento, cuya puerta había cerrado la nodriza al retirarse, y luego que vio aquella mesa, aquellos dos cubiertos, las dos bujías y aquel misterioso espejo, se apoderó de su ánimo un terror irresistible y quiso huir; pero flaquearon sus rodillas, le faltaron las fuerzas y cayó casi sin sentido sobre una silla.

Reanimada algun tanto, paseó su azorada vista en torno suyo, volviola despues hacia la mesa fijandola en el temido espejo; pero solo vió su hechicero rostro reflejado en el cristal, y sin embargo se estremeció todavia. En este momento se dejó oír el ruido de un carruaje que entraba en el patio de la casa, y este movimiento reanimó el valor de la jóven, que se sonrió mofándose de su temor.

De repente se pone en pie como impulsada por un movimiento eléctrico, sus pupilas se dilatan de un modo espantoso, y un temblor doloroso agita todos sus miembros: en el fondo del espejo fatidico, acababa de presentarse á su vista una figura humana que no era la suya. Por de pronto no pudo formar una exacta idea de lo que veia, mas luego, la aparicion se delineó completamente: no habia la menor duda; lo que se reflejaba en el fondo del espejo era el semblante de un militar...; no vió nada mas, porque dando un grito de horror cayó desmayada sobre la alfombra...

El general B. se precipita hacia su hija, la levanta, y le hace respirar sales. He querido sorprenderte anunciándote una noticia que te agradará, he entrado callándito y de puntitas... ¿comprendes ahora?

—¿Y qué noticia es esa? preguntó la curiosa.

—S. M. te ha nombrado dama de honor de la emperatriz. La jóven dió saltos de alegría.

Dejemos ahora las fiestas de Navidad, y henos ya en la de la Epifanía, que es puramente religiosa, y célebre en Rusia por la pública y solemne bendicion de las aguas. Sobre los hielos del Newa, frente al palacio imperial, se ha construido una elegante capilla, abierta á los cuatro vientos: á las diez de la mañana llega procesionalmente el alto clero, el emperador rodeado de sus grandes dignatarios, la emperatriz con sus damas de honor, toda la corte con el cuerpo diplomático asisten á esta ceremonia que no dura menos de dos horas, y con arreglo á la mas rigurosa etiqueta, todos están sin sus pellizas: apresurémonos á añadir que este despojo no se verifica, sin haber tomado antes las mas prudentes precauciones, para precaverse de las fluxiones de pecho que pueden sobrevenir. Aquí puede advertirse que la rigidez del clima ruso, se une perfectamente en San Petersburgo, con los hábitos de la vida y costumbres de sus habitantes: esto se inferirá mas todavia de los cuadros que nos resta por bosquejar.

Hemos visto poco antes un veloz trineo pasar á media noche la víspera de Navidad, por delante de la casa del general B. y la camarera de su hija Maria parada en medio de la calle, preguntar al cochero el nombre de su amo: luego un instante despues á la hermosa Maria Pawlowna ruborizarse súbitamente al oír el nombre de Dmitri. Es que este nombre le recordaba á cierto jóven caballero guardia que en los bailes nunca dejaba de escogerla por pareja suya en la mazurka.

Ahora bien, en Rusia esta especie de elecciones cuando se repiten son siempre muy significativas, y esto es lo que no ignoraba la jovencita: sabia ademas que su padre tenia

en mucha estima á este bizarro oficial, al que ella como hija bien educada no podia menos de dedicarle un pensamiento, al menos de amistad. Desde la víspera de Navidad este pensamiento se ha hecho mas intenso en el pecho de Maria Pawlowna, pero con cuánta turbacion y desasosiego hubiese ido acompañado, si la niña hubiese sabido que el nombre anunciado por la camarera no era otro que su acostumbrada pareja de mazurka, el jóven y brillante conde Dmitri Rastaiff, teniente de los caballeros guardias del luzosísimo regimiento de la emperatriz.

Nosotros vamos ahora á introducirnos sin mas ceremonia en el gabinete del conde Dmitri. Ocupado enteramente su corazon y pensamiento con la imagen de la bella Maria B. se alinda como de costumbre en la mañana de una revista de invierno: media hora le basta para estar corriente. Vuelo ya vestido con su estrecho pantalon de ante blanco como el armiño, resaltando mas y mas sobre el negro de sus charoladas botas que suben hasta un tercio del muslo: con su blanca casaquilla de paño finísimo, cuyos faldones tocan apenas sus caderas, y se ocultan bajo una ancha coraza de oro bruñido, cubierta su cabeza con un casco del mismo metal, coronado con un águila de dos cabezas estendidas las alas. Esta apostura guerrera dá cierto carácter caballeresco de fantástica y juvenil bazarria de un efecto sorprendente. Fuma de prisa una larga pipa turca, bebe una taza de café, y despues su ayuda de cámara le presenta el sable, en seguida los guantes, mientras que un dentchik tiene prevenida la capa forrada de castor para ponérsela sobre los hombros.

Un trineo espera á la puerta del palacio al caballero guardia: el caballo piafa de impaciencia, y el cochero con los brazos estendidos adelante le hace que sienta las riendas.

Apenas el jóven se ha acomodado en el asiento de su reducido vehiculo cuyo alero de piel de oso está echado atrás, cuando el caballo parte con la velocidad del rayo: el palafrenero se habia adelantado llevándolo del diestro el caballo de montar: la noche habia sido borrasca: el viento Norte levantando y arremolinando la nieve la habia amontonado caprichosamente y daba un aspecto extraño y desolador á la inmensa plaza del Almirantazgo. Un gran fuego ardía en el fogon circular que está delante de la fachada occidental del palacio de invierno. Muchos cocheros estaban reunidos mientras que sus trineos colocados en linea estaban parados á algunos pasos mas atrás, habiendo tenido antes cuidado de cubrir con una ancha manta de lana los caballos que desmenuzaban la nieve con sus cascos. Entre esta parte del palacio y el baluarte del Almirantazgo se ha arreglado un espacio cuadrilongo, y una cuerda sostenida con barritas de hierro clavadas en tierra, mide la estension de los costados. Esta esplanada, que en otra parte que no sea San Petersburgo, podria considerarse como muy grande, es el sitio destinado para las revistas, por decirlo asi particulares, que se complace en pasar el emperador durante el invierno, ó bien presenciarlas desde el balcon que domina la plaza.

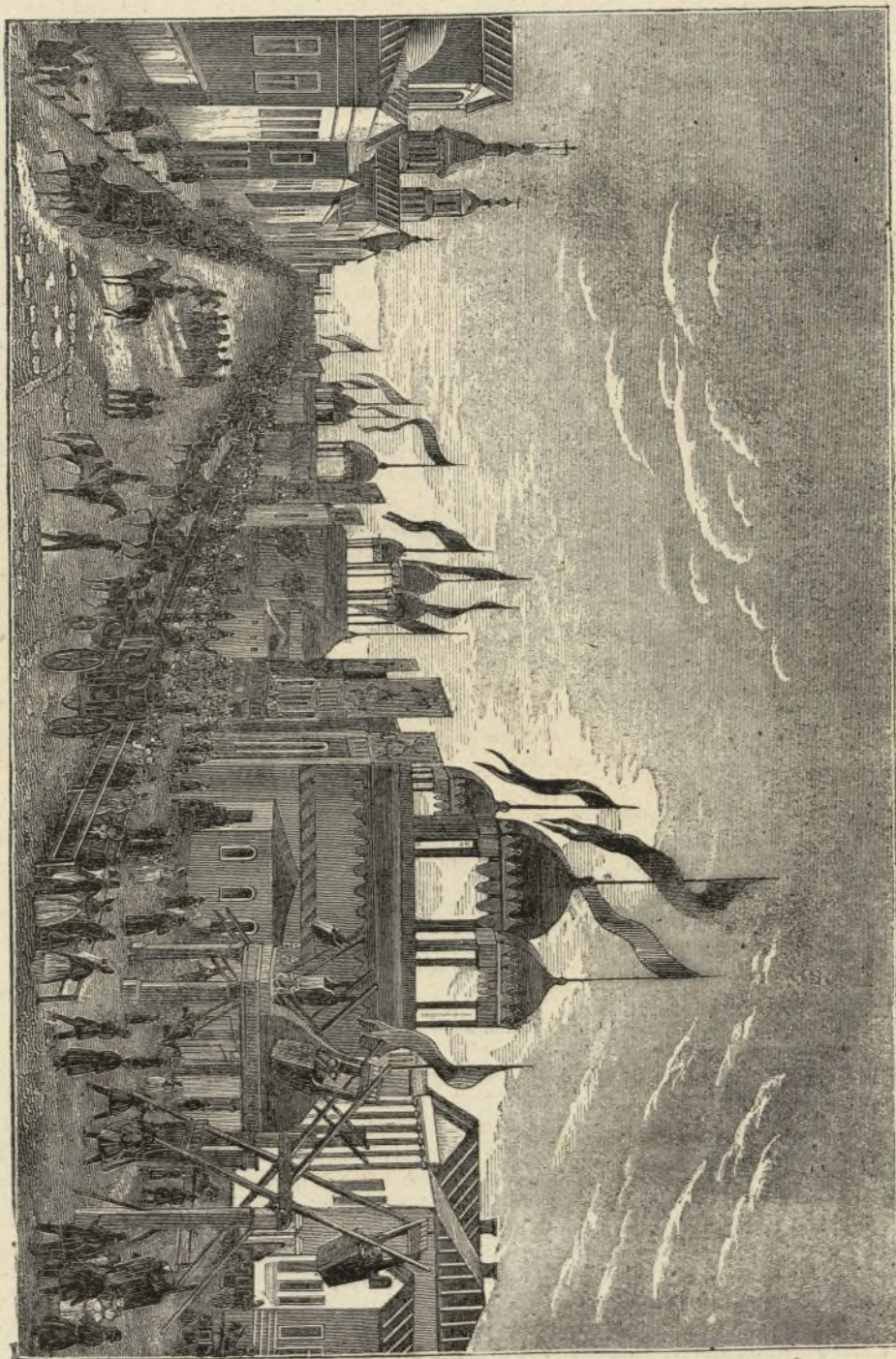
En aquel dia se hallaba reunido en medio de la esplanada el estado mayor imperial, y el bizarro regimiento de los caballeros guardias ocupaba los flancos, y las músicas estaban colocadas en parage donde no pudiesen estorbar los movimientos y maniobras de la tropa.





Los generales aguardaban la venida del emperador ó del gran duque Miguel, porque aun no se sabía cuál de los dos vendría á pasar la revista y presenciar las evoluciones. Estos toscos y endurecidos guerreros con bigotes medio encanecidos, y envueltos en sus capotones forrados de piel, les estaban conversando con la mayor flemma bajo la accion

Katcheltz; festejos públicos del Carnaval.



de un frío de 22 bajo cero, con la misma indiferencia que si sus pies descansasen sobre las mullidas alfombras de sus templados salones.

Por su parte, el joven teniente estaba en conversacion con algunos oficiales aguardando el momento de montar á caballo: solo los soldados montados en los suyos y formados



en línea permanecían inmóviles como estatuas. En este momento un ayuda de campo vino á prevenir al jefe de estado mayor que el emperador no asistiría á la parada, pero que lo sustituiría el gran duque.

Todavía no había pasado un cuarto de hora, cuando otro ayudante vino galopando para anunciar la llegada del príncipe: inmediatamente se dió la orden de montar á caballo, y en un minuto generales y oficiales ocupaban sus puestos respectivos.

Luego que el gran duque Miguel desembocó en la plaza del castillo, salió á su encuentro el estado mayor corriendo á galope, y la música del regimiento tocó una marcha estrepitosa y guerrera, del maestro de capilla Antonio Doenfeldt, uno de los mas hábiles compositores militares de Rusia.



Perspectiva de Newsky (páginas precedentes).

Principiaron las evoluciones, que fueron brillantes como siempre: aquellos arrogantes caballos, que el que menos ha costado doce mil reales, negros como el ébano, humeantes, abiertas las narices, y la espuma helada en canelones pendiente del bocado del freno, obedecían á la mano de sus ginetes con una regularidad, una precisión y uniformidad de movimientos que los viejos generales del estado mayor imperial quedaban maravillados. De repente, en el momento en que un escuadrón se destacaba de la línea de batalla para ir á gran galope á colocarse en otro punto, un caballo, á quien no pudo llegar á contener toda la destreza de su dueño, salió de las filas, y en su desbocada carrera estuvo en poco que no se arrojase sobre el gran duque, que gracias á una precipitada media vuelta evitó el choque.

Sin embargo, el caballero logró dominar al bruto dando saltos y cubierto de espuma. Era este un soberbio caballo padre sacado hacia poco de las yeguerías del conde Orloff, y sin disputa el mas hermoso de todo el regimiento. El ojo penetrante del hermano del emperador conoció desde luego al malhadado caballero; era el conde Dmitri: se despachó inmediatamente á un ayudante de campo: el joven teniente salió de las filas y se presentó al gran duque.

—Conde Dmitri, le dijo con tono severo su alteza imperial, ¿en qué estáis pensando para dejaros avasallar de tal modo por vuestro caballo, vos que sois uno de los mejores ginetes de la guardia?... esta torpeza merece veinte y cuatro horas de arresto.

—Monseñor, contestó el joven ruborizado, juro á V. A. I. que el frío solo es la causa de esta desgracia; mi caballo es de una exquisita sensibilidad, y me ha cogido desprevenido.

—Este es un agravio que le haceis, y sin duda teneis otra disculpa que dar. ¿Me habeis oído? Veinte y cuatro horas de arresto en vuestro palacio, marchad.

No había réplica; Dmitri conocía bien la ordenanza: volvió, pues, á su puesto silenciosamente, mas no sin un despecho violento.

Era, en efecto, uno de los mejores ginetes de la guardia: pero el recuerdo de María Pawlowna había absorbido de tal modo sus sentidos, que por un momento había abandonado las riendas de su caballo, que demasiado sensible como había dicho al gran duque, y espoleado por un golpe de nieve violento, lo había arrebatado repentinamente.

Viendo el rigor de la temperatura el gran duque, mandó abreviar las maniobras: los generales estaban colocados á su alrededor, y el regimiento, con su jefe á la cabeza (4), desfiló por delante del hermano del soberano. A medida que se presentaba cada pelotón:—Gracias, hermanos míos, les gritaba el gran duque.—Dichosos nosotros de poder contentar á V. A. I., respondían en coro los soldados con una rápida melopea (declamación en música de los antiguos), cuya entonación nos sería imposible describir.

Después del desfile, los oficiales abandonaron los caballos á sus dentkins y montaron en sus trineos. Lo mismo hicieron todos los miembros del estado mayor: únicamente el gran duque marchó en coche.

En cuanto al conde Dmitri, al día siguiente de su arresto se presentó á este último, á quien declaró la verdadera causa de su desgracia de la víspera, y le pidió permiso para casarse con María Pawlowna.

—Mas á mí me parece, le dijo riéndose su alteza imperial, que en este negocio mi permiso debe ser el último.

—Por eso mismo, monseñor, es por lo que tengo el honor de demandároslo.

#### IV.

El carnaval.—La plaza del Almirantazgo.—Kotchelis.—Montañas rusas.—Trineos.—Juegos de fuerza.—Montañas suizas.—Desenlace de sainete.

Vednos actualmente próximos al carnaval, á la estrepitosa semana, porque en Rusia dura nada menos el periodo.

(1) Un general de división manda siempre al regimiento de la guardia.



de esta diversion popular ocho dias, ni menos ni mas, los ocho dias que preceden á la cuaresma.

Dejaremos á un lado las reuniones mundanas, los bailes de máscara, los dias de chacota, como se dice en San Petersburgo, todas las fiestas, que excepto algunos pormenores recuerdan en su conjunto las de Madrid, Italia ó de Viena. Preferiremos detenernos en la semana del carnaval popular para presenciar los regocijos mas especialmente moscovitas; son mas moderados, como vamos á ver, mas no por eso dejan de ser menos vivos y apasionados.

Desde luego detengámonos en la plaza del Almirantazgo: se han apoderado de ella los arquitectos: se toman medidas, se delinean planos, se trazan los contornos de una ciudad en pequeño. Muy pronto se amontonan los materiales: llegan los carpinteros que sin demora emprenden la obra; estos hombres armados con una sola hacha... este maravilloso instrumento que puesto en manos del artesano ruso labran la madera de cien maneras, la escuadran, la asierran, la agujerean, la pulimentan y la someten á todas las exigencias de la carpintería. Sin tardanza se eleva el armazon de la casa, en seguida se pone el tejado; siguen despues las paredes, que es lo mas fácil, porque solo se trata de clavar las tablas. Estas casas, como se vé, son unas barracas; pero presentan en su construccion los mas variados estilos de arquitectura: esta ostenta las ogivas y ornatos de la edad media; aquella ha tomado el corte de los monumentos bizantinos; la de mas allá está entreverada con todos los caprichos y fantasías chinescas; alguna hay que ha pedido sus modelos á la arquitectura del renacimiento, y tambien las hay mas sencillas que se contentan con imitar las granjas y cortijos de La Bric ó la Champaña. Todas estas barracas, cualquiera que sea su forma y carácter, tienen su balcon para la farsa burlesca del payaso ó arlequin; porque esta extraña ciudad improvisada y construida en el corto tiempo de algunos dias, en medio de una plaza pública, reúne muy pronto dentro de su recinto á todos los saltimbanquis, jugadores de manos, los que enseñan fieras... ¡qué sé yo! todos los clowns y charlatanes del imperio que acuden alli para ejercer su industria, escitando la curiosidad del pueblo que se aumenta con el continuo ruido del tamboril y los que tragan estopas encendidas.

Delante de estas barracas se elevan las montañas de hielo: consisten estas en dos como torres colocadas una enfrente de la otra á la distancia de doscientas á trescientas toesas, terminadas por un terrado cubierto, de donde parte un plano inclinado un poco elevado hácia el medio, el cual encontrando el piso formado por un ángulo de cuarenta y cinco grados, continúa marchando horizontalmente hasta el término del espacio que separa las dos torres. Así, son dos sendas que se cruzan faldeándose paralelamente para ir en sentido contrario al pie de la montaña opuesta. Estas sendas ó caminos están formados con losas de hielo cortadas en el mismo Newa, perfectamente unidas entre sí, en estrecho llanas.

En el espacio que media entre estas montañas y las barracas se han elevado los columpios de toda clase, mecedores, carros que dan vueltas como los molinos de viento, corridas de sortija, trineos, vagones, navecillas... nada falta absolutamente á la coleccion: el columpio es la diversion y placer nacional, los rusos lo aman hasta el frenesi: estar bien sentado en un carrito suspendido, y durante las

evoluciones aereas cascar avellanas, cantando al mismo tiempo las tonadas de su aldea, es para ellos uno de los mas supremos placeres y los mas soñados... se entiende despues del de las montañas de hielo.

Ha terminado la semana de los preparativos: llega el domingo, que es el primer dia de carnaval, á medio dia están abiertos los *katchelis* (1): mil banderolas, flámulas y gallardetes ondean por el aire ostentando sus caprichosos colores: las orquestas de las barracas comienzan sus sinfonías, que algunas son muy buenas: los vendedores de golosinas están en sus puestos: unos venden avellanas y pan de especia: otros hacen *bliniers*, especie de soplillos recios y pesados á los que se acomodan á las mil maravillas los estómagos rusos: éste, como el proveedor de Gostinói-dvor ofrece á los aficionados platos mas variados. Despues vienen los que preparan el té, sin el que nunca habria fiesta pública en Rusia que fuese completa, como en París sin vendedores de cocos.

Se han inaugurado las montañas de hielo: ved aqui los moujiks cubiertos por encima de sus calientes vestidos, con el ancho caftan ó túnica azul, ceñida con un cinturon encarnado, y su cabeza adornada con el casquete de paño, ó birrete puntiagudo, que se adelantan llevando un pequeño trineo debajo del brazo, y suben la ancha escalera practicada á espalda de la montaña. La construccion de estos trineos que pueden tener de cincuenta á sesenta céntimos de largo, es en extremo sencilla: consiste en una pequeña tablita asegurada sobre dos patines de acero. Este ligero vehiculo se coloca sobre el borde del terrazo: su dueño toma asiento despues de haber levantado cuidadosamente su ancho ropage: estiende hácia adelante las piernas, inclina un poco el cuerpo que se vuelve bruscamente hacia atrás en el momento que empuja el trineo por la cuesta de hielo. La sensacion que se experimenta en este momento es inesplicable, falta súbitamente la respiracion y se siente cierta opresion extraña y deliciosa. Sin embargo, el trineo sigue lanzado como una flecha, llega al plano horizontal, cruza con la velocidad del rayo los trineos que llegan de la opuesta montaña, al pie de la cual va á terminar muy pronto su quimérica carrera.

No vaya á creerse por eso que estos carritos escurridizos solo necesitan ser empujados para seguir su camino: al contrario, se necesita dirigirlos con una destreza y habilidad escesiva. El conductor con los brazos colgados hácia atrás, ya sea por solo el balanceo del cuerpo ó bien por el imperceptible roce de la mano sobre el hielo, debe sostenerse siempre siguiendo línea recta: el aprendizaje es penoso y algunos veces arriesgado, porque separándose bruscamente el trineo de su inesperto conductor, le deja caer redondo por la pendiente helada, al pie de la que no podrá llegar sino despues de haberse dado crueles encontrones contra los pretiles, y por consiguiente todo acardenalado y contuso, y aun dichoso él si no ha sufrido el choque de algun otro trineo precipitado detrás de él. Estos encuentros pueden ocasionar que el paciente se rompa la cabeza, se quiebre una costilla, se rompa una pierna, ó quedar muerto en el acto. No obstante, se dice que estos descensos son poco espuestos; así que en justicia puede afirmarse que las desgracias de esta especie son rarísimas.

(1) Esta palabra significa columpio, y sirve para designar el conjunto de las diversiones públicas que nosotros procuramos describir.



Frecuentemente se ven dos personas que bajan juntas en un mismo trineo: esto puede parecer prodigioso atendida la estrechez del vehículo, mas la destreza moscovita suple á todo. El conductor se coloca sobre el último estremo de la tablilla, teniendo cuidado de ensanchar las piernas para dejar á su compañero todo el espacio posible: éste encogiéndose cuanto puede se sienta delante de él con los pies estendidos adelante. El trineo parte velozmente y los viajeros llegan en un abrir y cerrar de ojos al pie de la otra montaña.

Los que desconfían de su habilidad, se ponen en manos de hombres experimentados, que por algunos cuartos se encargan de conducirlos. Aquí se conoce el origen de esta diversion introducida en Francia en 1814, que se llama las montañas rusas.

De este modo se pasa aquel día muy brevemente, si se tiene en cuenta que á las cuatro de la tarde es ya de noche; pero se prosiguen al día siguiente, y lo mismo hasta el último de la semana, estas diversiones favoritas.

Hacia el fin de ella se ha establecido alrededor de los katchelis, un paseo de carruages elegantes: la alta sociedad quiere tambien darse el placer de concurrir á las barracas, y presenciar los amores de Arlequín y Colombina, y aplaudir las prodigiosas trasformaciones de Pierrot. Siguen despues las carrozas de la corte, tiradas por cuatro caballos ricamente enjaezados, y llenas de niñas del instituto de Santa Catalina, establecimiento de educacion para *señoritas nobles*, puesto bajo la inmediata proteccion de la emperatriz. Se cuenta mas de sesenta de estos carruages de gala, conducidos por cocheros con librea de palacio y seguidos por lacayos vestidos de grana. En las puertecillas del estribo se perciben las cabezas de las lindas paseantas, que están orgullosas de ir á paseo en coches del emperador.

Hemos hablado de las montañas de hielo de los katchelis que son públicas y solo duran ocho días; pero hay otras de particulares que permanecen todo el invierno: pertenecen á varias sociedades de jóvenes que las han hecho formar pagando cada uno su contingente. Las montañas suizas están en Kammenoi-Ostrov. Mas en la actualidad, esta isla ha desaparecido, y costaria mucho trabajo reconocer la topografia de estos sitios que nosotros hemos visto tan animados, tan cubiertos de verdor y tan perfumados: ahora solo presentan á la vista un desierto de hielo: las risueñas casas de recreo se ocultan como avergonzadas bajo una cubierta de grosera estera, y aun estas mismas desaparecerán sepultadas en la nieve. Los altos pinos y los copudos álamos blancos mecen tristemente las ramas despojadas de sus hojas, y lo mas frecuente cargadas de escarcha, en donde vienen á posarse los siniestros cuervos: por lo quiera el aspecto es triste, silencioso y desolador.

Ahora bien, las montañas suizas se elevan en el parage de la isla mas inmediato á San Petersburgo: son muy concurridas, especialmente los domingos: las sociedades mas brillantes se citan á aquel sitio, en donde se entregan hasta la locura al placer de deslizarse por la cuesta: estas montañas no ceden en elevacion á las de los katchelis, y los jóvenes que van á ejercitarse, pueden apostárselas en destreza con los mas espertos y hábiles moujiks: han adoptado un traje que ademas les permite mas ligereza para los movimientos: una especie de chupa y casaquilla á lo

húsar que deja pasar con mucha gracia como si fuese un ribete el sedoso astracán de que está forrada, botines rusos con pieles, un gorro á la escocesa, y anchos guantes á lo Crispin, de cuero encarnado: este es en completo el traje, á la vez gracioso y suelto.

Inútil es decir que sus trineos están muy lejos de la sencillez de los primeros: están montados sobre acero inglés, de extraordinaria finura, á la tablilla la ha sustituido una almohada henchida perfectamente de crin y cubierta de una preciosa tapicería, lo mas frecuente bordada por manos queridas: estos trineos montados sobre patines mas finos y delgados, son mas altos, mas estrechos y de una hechura, sin comparacion, mucho mas elegante.

Las damas, aun las mas timidas, se entregan sin cuidado, confiadas en la destreza de estos despejados caballeros, que las mas veces se disputan el favor de acompañarlas en el descenso.

No obstante, si la corte va á las montañas y la emperatriz tiene la humorada de bajar por la cuesta, un tosco y grosero moujik es el que tiene el alto honor de dirigir el vehículo.

Peró nada hay mas pintoresco y admirable que las funciones que se verifican por la noche en estas montañas, y este placer lo proporciona mas de una vez la sociedad de San Petersburgo durante el invierno: mas en éstas la destreza de los protagonistas debe ser á toda prueba, porque el resplandor de las antorchas, reflejándose sobre la tersa superficie del hielo que forma el plan inclinado, deslumbra la vista con el centelleo de millares de luces, y hace vacilar la grande sombra que proyectan los pinos plantados todo alrededor. Y sin embargo, los jóvenes se entregan á los ejercicios los mas escéntricos, los mas arriesgados, y aun nos aventuramos á decir, los mas estrambóticos. Se diria, que escitados por el mismo peligro lo insultan y lo desafian: se ve algunos que se tienden á la larga sobre la estrecha tablilla de su trineo, vuelta la cara hacia el cielo, y los pies adelante; otros, y esto es todavía mas espantoso, echados igualmente de espaldas se abandonan á la pendiente del precipicio, los pies atrás y la cabeza hacia el declive; éstos de rodillas, aquellos en pie dirigen la rápida marcha del trineo, con un simple movimiento de su cuerpo; otros en fin, desdeñando toda especie de vehículo, armados sus pies con patines desfilachados se dejan deslizar temerariamente sobre la escurridiza senda que salvan trazando caprichosos festones sobre el bruñido hielo.

¿Qué mas añadiremos? frecuentemente estas alegres y atrevidas partidas de placer, contribuyen á dar feliz cima á algun lance amoroso, que sin su punzante atractivo tal vez se hubiera ido estinguiendo entre las insulsezas y desabrimientos de la vida común. Lo que hay de cierto es, que siempre es raro que concluya la temporada de las montañas sin que la sociedad de San Petersburgo deje de contar con algunas dichas parejas mas.



## SEGADORAS Y LIMPIADORAS DE GRANOS ITALIANAS.

Estas pobres jóvenes, que todos los años descienden con sus hermanos y sus novios (*promessi*) de las montañas de la Sabina y de otros lugares de Italia, para hacer la recolección en los campos de Roma, son frecuentemente tan bellas como la que presentamos en el adjunto grabado. No es,

ciertamente, en los campos paternos donde ellas recolectan y limpian el grano; por un salario mezquino y bien á pesar suyo, vienen á esponer su juventud á la maligna influencia del *aria cattiva*, á las fiebres mortales, y á trabajar durante muchos meses bajo una disciplina rigurosa. Se sabe que estas recolectoras se reúnen en los campos de Roma en número de treinta y cuarenta mil, que se distribuyen por las inmensas llanuras, por bandas de ochocientas y novecientas, situadas en una sola línea, y que se adelantan lentamente por medio de movimientos uniformes á



Segadora y limpiadora de granos, italiana.

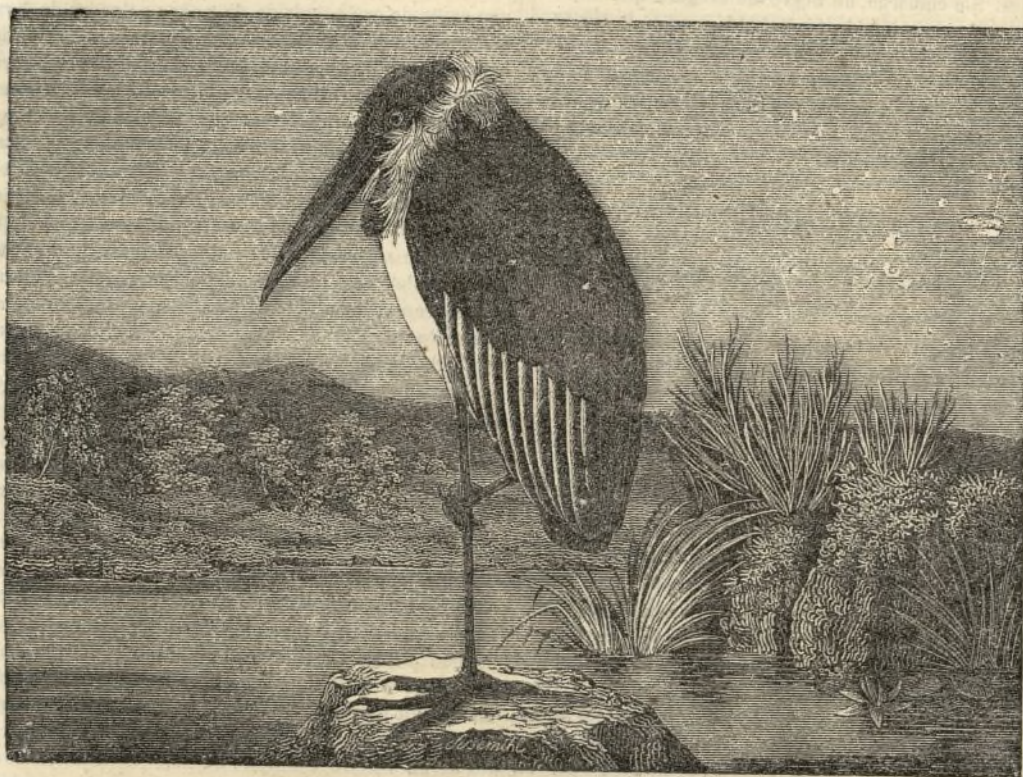
la voz de mando de los *caporali*, que están allí armados de varas, de las cuales hacen el uso mas indigno. Si alguna infeliz muchacha, fatigada por la sed ó por el cansancio se retrasa un momento, se oye al punto una palabra injuriosa, se ve la vara amenazante, ó un brazo brutal que la coloca otra vez inmediatamente en la hilera. En medio de esta laboriosa multitud reina el mas profundo silencio; no se oye mas que el ruido de la hoz que siega y el de la espiga que cae. El tiempo de la recolección es el mas horroroso para

estas desgraciadas criaturas, porque se declara en aquellos campos la mas espantosa mortandad, y no es raro ver todos los dias marchar al hospital en camillas á diez ó doce de estas segadoras.

Este campo de Roma que los pintores representan ordinariamente árido y desolado, tiene una fecundidad admirable, pues suministra alimento para mas de la mitad de Italia, y ademas se evalúa á cinco ó siete millones el producto de sus esportaciones en granos.



## ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.



El marabú.

## EL MARABÚ.

Es un ave enteramente blanca, con un manto negro bronceado; su cabeza y su cuello están cubiertos únicamente por una especie de prominencia gris, y por debajo de su pescuezo pende un saquillo membranoso. Su pico enorme, mas grande proporcionalmente que el de las demas aves de su género, es un tanto amarillo; en cuando á sus largas patas, sería difícil decir de qué color son; hé aquí la razon. Cuando este animal está en actitud de reposo no se sostiene mas que sobre una pata, pero con la otra, tiene la singular costumbre de cogerse el talon y de formarse en esta posicion un punto de apoyo. Resulta de esta estraña postura, que cuando satisface ciertas necesidades, sus excrementos, en vez de caer al suelo, se extienden por lo largo de sus patas, se secan y forman una especie de capa ó de costra bastante desagradable á la vista.

El marabú, lo mismo que la cigüeña, ha llegado á ser muy familiar en las regiones que habita. Seguro de no correr ningun peligro, se aproxima de buen grado á las habitaciones para apoderarse, sin ninguna clase de ceremonia, de todo lo que le conviene, ó lo que es lo mismo, de

TOMO X.

todo cuanto puede atrapar; come ratones y otros animales de especie análoga, y hasta insectos; y merced á la enormidad de su pico, y á la rapidez con que ataca, consigue coger al vuelo los pájaros poco diestros que pasan á su alcance. Se come la presa de una vez sin curarse de despedazarla, á menos que no tenga un tamaño que le impida tragársela de un golpe, y es tal su voracidad, que no cesa de comer mas que cuando está completamente satisfecho y que no se puede mover. Cuando la digestion le permite hacer algun movimiento, se dirige á la orilla del mar á paso tranquilo y grave; bebe, se coge un talon, mete su cabeza entre sus alas y se duerme hasta que el hambre le obliga á ponerse á la expectativa de una nueva caza. Ordinariamente queda en una completa inmovilidad por espacio de horas enteras y parece gozar con delicia de su pereza.

Estas aves viven en bandadas bastante numerosas; pero sin embargo, no se unen en falange mas que á la caída de la tarde para ir á buscar un lugar de reposo, y por la mañana para aproximarse á los lugares habitados de los pantanos ó de la embocadura de los grandes rios. Lo restante del dia se dispersan uno á uno ó de dos en dos para no molestarse mutuamente en la caza. Siguen con gusto todo lo largo de las pendientes para apoderarse de los peces muertos y de las demas inmundicias que arrojan las aguas de su seno.



El naturalista de quien tomamos estos apuntes, dice: «Hubiera querido saber cómo y dónde anidan; pero como no estábamos allí en la estación de sus amores, no obtuve sobre el particular mas que observaciones demasiado insignificantes. Sin embargo, un negro me aseguró que esta ave fabricaba su nido, no sobre los árboles, sino en la tierra, á la proximidad de las aguas ó entre juncos.»

Réstanos decir, de dónde se cogen las plumas de esta ave con las cuales se adornan nuestras elegantes señoras. Se cogen de aquella parte del cuerpo que está colocada entre el vientre y la rabadilla.

## ANTIGUEDADES

### DESCUBIERTAS EN EL REINO DE LAHOR.

En toda la parte de la India se nota la mayor actividad por descubrir aquellas preciosas antigüedades que yacen escondidas en el seno de los sepulcros. Por todas partes se copian y descifran inscripciones, y se estudian los caracteres antiguos de las lenguas sagradas en que están escritas; y con los ricos objetos de artes y las medallas encontradas en los monumentos, se están formando magníficas colecciones en Calcuta, que muy pronto la sociedad de arqueólogos debe dar á luz. El caballero Ventura, uno de los generales al servicio del sultan de Lahor, ha sabido aprovecharse de su posición para hacer inmensas escavaciones en el templo del sepulcro de Manikyala en el Punjab, sobre el camino de Attok á Lahor; y ha recogido el fruto de sus trabajos con descubrimientos muy importantes para la ciencia. En 1833, habiendo llegado á noticia de este general que la Sociedad Asiática de Calcuta deseaba adquirir una descripción de los objetos encontrados por él, satisfizo á sus deseos.

El sepulcro consiste en una cúpula enorme y maciza de ochenta pies de altura y trescientos veinte de circunferencia. A la profundidad de doce pies, exactamente en el centro del terruño que está debajo de la cúpula, se encontró un macizo cuadrado de mampostería hecho con piedras también cuadradas, y muy bien conservado. Los trabajadores descubrieron dentro de este macizo, además de algunas medallas, una caja de cobre que contenía otra mas pequeña de oro puro, con su tapa cincelada, en el centro de la cual había engastada una piedra parecida al ópalo, pero desmoronable y adherible al contacto de la lengua. En la cajita se encontraron una medalla de oro de ciento veinte y dos granos de peso, una sortija con zafiro grabado en caracteres *phlwis*, un rubí y algunas medallas de plata.

En otra escavación que se hizo al lado del Norte, se encontró á la profundidad de cuarenta y cinco pies una piedra cuadrada, dividida en dos cuarteles, entre los cuales estaba empotrada una caja de cobre que contenía dentro un pedazo de tela y un cilindro de oro puro. También se hallaron algunas medallas en mal estado. En fin, levantándose con dificultad una piedra enorme, se descubrió un pequeño hueco de un pie cuadrado abierto en la piedra viva, en donde se encontraron los objetos siguientes tapados con piedras y argamasa. Una caja de cobre llena de un líquido espeso de color negruzco. Nadando en este líquido había otra caja cilíndrica de latón torneado, conservada tan per-

fectamente, que aun se conservaban en ella las señales del torno. Esta caja, cerrada herméticamente, estaba también llena del mismo licor moreno. Encima de la tapa había una inscripción circular muy bien conservada. En el líquido, además de muchas medallas de cobre en muy buen estado, estaba una cajita de oro cilíndrica de cuatro pulgadas de largo, y una y media de diámetro, con su tapadera que cerraba perfectamente, y que contenía en lo interior seis cilindros de pulgada y media. Esta otra cajita estaba también llena del mismo líquido, mezclado con una porción de pedazos irregulares de una materia de color amarillo que el calor destruía, dejándolos su transparencia, y los cuales parecieron á Mr. Ventura pedazos de ámbar. Había además dos piecitas de oro, y un disco de plata con una inscripción que sin duda serviría para descifrar todo el enigma. Los caracteres eran iguales á los de la caja de cobre, pero la combinación era diferente; indudablemente análogos á los caracteres del *sanscrita*; mas la dificultad de describirlos se aumentaba por hallarse hechos con la forma de los caracteres manuscritos y no con la de grabados en los monumentos y medallas.

Había un gran número de medallas metidas entre el material de la mampostería que rodeaba la caja de cobre, todas ellas parecidas á una de las cinco mas bien conservadas que estaban dentro del licor.

Estos descubrimientos han escitado el celo de muchos viajeros anticuarios; produciendo el derribo de un sin número de monumentos parecidos al de Manikyala. Mas de treinta sepulcros se han abierto en los alrededores de Sejalabad por Martin Honigberges, sabio alemán, á quien los diarios de la India han dicho haber recientemente robado y maltratado una tropa de merodistas. La mayor parte de estos monumentos no son mas que cerrillos de tierra, cubiertos de un macizo cuadrado de mampostería, en que están depositadas las reliquias; pero no tienen como el de Manikyala, la cúpula y la obra de piedra prolongada en el centro, desde la cúspide hasta la base del montecillo. Los mas de ellos son muy pequeños, y algunos no ofrecen objeto alguno que pueda recompensar la fatiga de los trabajadores. En muchos, sin embargo, se han encontrado cajas llenas de líquido, ó con residuos de él. En una escavación se descubrió un sepulcro de ciento cuarenta y cuatro pies de circunferencia, con un hueco pequeño y cuadrado, dentro del cual solo había un poco de polvo y una araña con su tela, la cual, si es que entró allí al tiempo de la construcción de edificio, debía haber permanecido en aquel sitio cuando menos mil seiscientos años.

En otras investigaciones como las de Mr. Ventura, hechas por Mr. Court, oficial francés al servicio de Runjeet Singh, se han desenterrado diferentes cúpulas menores, situadas también en los alrededores de Manikyala. Una de ellas presenta en el macizo cuadrado de mampostería una urna de cobre, rodeada de ocho medallas del mismo metal. Esta urna estaba envuelta en un lienzo, que se redujo á polvo al tocarle; tenía dentro otra urna de plata mas pequeña, y el espacio intermedio estaba lleno de una pasta blanda de color de ámbar, ligera é inodora. La plata de esta urna se había picado con el tiempo, y se quebraba entre los dedos. Dentro de ella se hallaba otra tercera urnita de oro, intermediada también con la misma pasta, y contenía medallas, cuatro de las cuales eran de oro con caracte-



téres greco-escíticos y greco-indianos, y siete de plata con caractéres latinos. Estos últimos se hallaban gastados como si hubiesen estado mucho tiempo en circulacion, y se reconocieron ser monedas de Marco Antonio cuando era triunviro, de Julio César y de Augusto; una de ellas parecía ser de Constantino; las demas no pudieron conocerse. Es imposible adivinar por qué motivo se hallaban estas monedas extranjeras mezcladas con las monedas locales de los monarcas indoscíticos, y es curioso de notarse que en el contiguo monumento descubierto por Mr. Ventura, las monedas extranjeras que se hallaron pertenecian solo á los reyes Sassanidas de Persia, siendo reemplazadas en este con monedas romanas. Esta circunstancia, y señaladamente la de haber una moneda de Constantino, pudiera hacer subir la fecha del monumento hasta el siglo IV. La época de los demas, segun las monedas que contienen de la dinastía de los Sassanidas, debe ponerse en el tiempo que duró esta monarquía, que fué del III al IV siglo de la era cristiana.

M. J. Prinsep emprendió analizar el licor moreno, que al parecer hacia un papel importante entre las reliquias de los sepulcros de Manikyala, y ha resultado ser una materia vegetal-animal, ennegrecida y carbonizada por el tiempo, y mezclada con tierras y óxidos metálicos.

Los fragmentos amarillos solo han dado en su analisis el sílice y la potasa, coloreados levemente por el cobre y el hierro, y probablemente no son sino pedazos de vidrio introducidos en lugar de las piedras preciosas que la codicia de los que le formaron hizo desaparecer. Es probable que estos sencillos monumentos sean los sepulcros de los reyes ó sacerdotes, enterrados segun la costumbre que aun se observa en el Tibet, en donde se queman los cadáveres y se mezclan sus cenizas con licores perfumados y objetos preciosos, los cuales reducidos á pasta se encierran en los edificios piramidales.

—En Jampol (Polonia) sobre el Dniester, se ha descubierto una numerosa coleccion de manuscritos en lengua latina, francesa, polaca, rusa y turca, que hacen relacion á la primera desmembracion de la Polonia. Se han hallado en la cueva de una casa que en otro tiempo habitó Ladislao Zaragowski, y hoy un asesor del gobierno; y se asegura que entre dichos manuscritos hay cartas autógrafas de la emperatriz Catalina II, de Federico II de Prusia, del duque de Choiseul, ministro de Luis XIV, del sultan Mustafá, de Kan de los tártaros y de otros personajes que hicieron papel en aquel tiempo. Habiendo dado parte de este descubrimiento al emperador Nicolás el conde de Oubaroff, ministro de Instruccion pública, ha mandado S. M. I. que con el mayor cuidado se trasladen al archivo imperial de San Petersburgo documentos tan preciosos para la historia de Polonia.

## CELIAR,

LEYENDA AMERICANA EN VARIEDAD DE METROS  
POR

D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

PRECEDIDA DE UN DISCURSO PRELIMINAR, POR DON VENTURA DE LA VEGA.

Siempre que el poeta ha querido presentar un lujoso esfuerzo de su rica é inagotable fantasia ha procurado cimen-

tar su asunto en regiones lejanas ó desconocidas, donde todo aparece bajo un prisma verdaderamente poético y seductor, porque mientras mas distantes están los objetos que se describen, mayor es su encanto y la imaginacion del vate encuentra un espacio mas dilatado para su idealismo. Lord Byron, halló en las regiones orientales el terreno predilecto de sus fecundas é inmortales inspiraciones; Milton pudo engrandecer su poema basando su asunto sobre la tradicion de las tradiciones, idealizando las primeras páginas del libro de Moisés. Inútil nos parece indicar aquí la serie de aquellos grandes escritores que han mirado la naturaleza de un modo peculiar y esclusivo, con lo cual han logrado conquistar su inmortalidad.

El señor Magariños Cervantes, conocedor como quien mas de las costumbres y tradiciones hispano-americanas, ha dado á su leyenda todo el carácter del pais que se la ha inspirado. Todo cuanto contiene este hemisferio es sublime y magestuoso. Sus mares, sus rios, su vegetacion, sus montañas, sus costumbres, su historia, todo en fin, predispone á las mas poéticas impresiones. Y sin embargo, despues de Plácido y algun que otro vate, nadie, ni aun los ingenios del mismo pais, se han propuesto explotar dignamente una region tan rica, tan nueva, tan virgen, tan fecunda en situaciones especiales.

La América, desde la época de su descubrimiento, ha sido consecutivamente un pais de innmerecida espiacion: la conquista ha sembrado por aquellos confines el esterminio y la desolacion. El indígena, siempre avasallado y esclavo de su opresor, vió con espanto que desaparecian sus costumbres semi-patriarcales, y la civilizacion europea, lejos de propagar allí el germen de sus adelantos para enseñar y proteger á los que debiera considerar como hermanos, levantó millares de veces la enrojecida cuchilla, encendió la hoguera y convirtió en esclavos á los que habian nacido libres, y merced á la religion cristiana, que arrancó infinidad de victimas del dominio de la opresora brutalidad, el pais americano no quedó convertido en un verdadero valle de lágrimas.

La situacion del indígena americano ¿ha experimentado alguna modificacion desde los tiempos de su conquista? Esta pregunta suministra de suyo graves y profundas consideraciones, ajenas por otra parte de nuestro objeto.

De lo espuesto se deduce, que las inspiraciones del poeta americano, serán siempre tristes y sombrías, porque un pais cubierto de sangre, donde no ha cesado la lucha, y donde ruge, y quizá por mucho tiempo, la tormenta de la guerra civil, no puede halagar la mente con las ideas pacíficas y tranquilas del bucólico Garcilaso.

Pero de cualquier modo que sea, el hemisferio americano debe tener su literatura, y la juventud aventajada y laboriosa de estos lejanos paises, está obligada á propagarla y cimentarla. El señor Magariños Cervantes no es por cierto uno de los que menos se han á abrogado esta espinosa, pero laudable tarea. Todas sus producciones han participado de esta tendencia, y así la vemos consignada en sus obras *Caramurú*, *las Brisas del Plata*, *la Estrella del Sud*, *No hay mal que por bien no venga*, y otros varios trabajos históricos y de amena literatura.

La leyenda de *Celiar*, su última produccion, y la que nos vemos precisados á analizar someramente, porque nos reservamos un juicio mas estenso para otra ocasion, se dis-



tingue de los demas trabajos suyos de una manera notable. En esta leyenda campea en primer término, su amor hacia las verdaderas fuentes de su literatura nacional: la parte descriptiva está desempeñada con acierto sumo; la versificación es fluida y copiosa en imágenes, y el interés creciente que se observa en todo el curso de la leyenda nace naturalmente de la atinada distribución de su plan y de la gran riqueza de sentimiento que despliega en cada una de sus páginas.

Hé aquí de qué manera describe á la simpática Isabel, la heroína de la leyenda :

.....  
Ademas tenia una hija  
De belleza peregrina,  
Tan hechicera y divina  
Como el tipo que un pintor  
Arrebatado idealiza,  
Y si á trazarlo se lanza  
Jamás su pincel alcanza  
La perfeccion que soñó.

Pura violeta del valle  
Entre el follage escondida,  
Blanca tórtola perdida  
En un bosque de azahar,  
Flor y ave cuyo canto  
Y suavísima fragancia  
Al viagero á la distancia  
Le revelan donde están:

Isabel simbolizaba  
Cuanto el pensamiento alcanza,  
Emblema de la esperanza,  
Delirio de la ilusion;  
De alma angélica, y de formas  
Que de hermosura tesoro  
Eran el cerco de oro  
De joya de mas valor.

.....  
Siempre risueña y festiva  
Con la paz de la inocencia,  
Su venturosa existencia  
Miró plácida correr,



Celiar esperando á un tigre.

Hasta que el amor de un hombre  
Turbó su reposo ameno,  
Y arrojó en su incauto seno  
La primer gota de hiel.

No tiene menos mérito la siguiente ligera descripción  
que hace de la noche en el capítulo VII.

Cruza entretanto magestuosa y bella  
La tibia luna el firmamento azul,  
Dejando en torno su apagada huella  
Nubes de nácar entre pardo tul.

—  
El viento de la noche perfumado  
Discurre por el césped gemidor,



Ya un quejido mintiendo atribulado,  
Ya un suspiro dulcísimo de amor.

El silencio que reina en la llanura  
Que alfombró con sus hojas el ombú  
Y que cubre del cielo la ternura  
Con estrellado manto de tisú.

Esos orbes brillantes que gravitan,  
Sacados de la nada por un Dios,  
Vagas ideas que en tropel se agitan,  
Y un mundo de ilusiones traen en pos.

A su fulgente rayo se divisa  
Como entre nubes brillador fanal,  
En las sonantes alas de la brisa,  
Descendiendo una sombra virginal.

Delirios son acaso que la mente  
En horas de esperanza idealizó,  
Un ensueño fantástico que ardiente  
Una noche de amor nos inspiró.

En el capítulo XI, titulado *Angel y muger*, hay tambien elegantes y amenos trozos descriptivos, y no escasa fluidez. Hé aqui de qué manera pinta á Emilia:



Ciliar derribando un toro.

Pequeño fruto escogido  
Del vergel de los amores,  
El cielo dióle en primores  
Lo que en vigor le negó.  
Así en reducido espacio  
El rico brillante encierra  
Mérito tal, que en la tierra  
No hay piedra de mas valor.  
Y por eso mas sublime  
Grabado en su rostro bello  
De Dios ostentaba el sello,

Que fulguraba en su sien,  
Y en sus formas diminutas,  
Pero esbeltas, torneadas,  
Y en sus mejillas rosadas,  
Y en su blanca, ebúrnea tez.

En vano su piel blanquísima  
Eclipsaba á la azucena,  
Y era su rubia melena  
En tersura y brillantez  
Envidia del oro, en vano



Sus frescos delgados labios  
Daban al carmin agravios,  
Llenos de orgullo y desden.

Al hablar de la patria varia el acento de su poesia, y el tono enérgico que inspira el asunto contrasta con la dulce melancolia de las anteriores escenas.

¡Ah! ¡Ese pueblo! ¡Cuántas veces  
De sangre hispana sediento,  
En venganza y escarmiento  
El verde campo alfombró!  
¡Cuántas veces el planeta  
De tenue luz amarilla,  
Blanqueando la cuchilla,  
Sus cráneos yertos miró!

Ultimamente, *Celiar*, es un cuadro cumplido de la fisonomía de los campos americanos, y una excelente novela enriquecida con las galas de la poesía.

La edicion está tirada con bastante lujo, y las láminas, dibujadas por el acreditado Urrabieta, contribuyen á dar mas realce y galanura al esmero con que se imprimen los libros en el establecimiento del señor Mellado.

De los grabados, presentamos dos como muestra, para que los lectores puedan juzgar.

I. A. BERMEJO.

## DIARIO DE UN POBRE VICARIO.

### FRAGMENTOS.

(Continuacion.)

Al fin de la cena nuestro huésped se encontraba muy á gusto con nosotros; sin embargo, ha hablado menos de su posicion que de la nuestra. Forzosamente el pobre hombre tiene un grave pesar que le oprime el corazon: no quiero suponer que sea algun rémordimiento. A menudo en medio de la conversacion se ponía su rostro sombrío y se esforzaba en vano en aparecer alegre. ¡Dios venga en su socorro!

Cuando nos ha dejado le he acompañado dándole algunos consejos. Yo sé que generalmente los cómicos son un poco ligeros; pero me ha prometido bajo juramento de enviarme lo mas pronto posible el dinero que le he prestado, y me ha preguntado muchas veces cuánto tiempo podía yo vivir con el dinero que me quedaba.

Sus últimas palabras al despedirse de mí han sido las siguientes:

—Es imposible que seais desgraciado en este mundo. Vos teneis el cielo en vuestro corazon y dos ángeles á vuestro lado. Quiso hablarme de Jenny y de Polly.

20 de diciembre.—El día ha sido tranquilo, pero poco agradable, porque el tendero Loster me ha enviado su cuenta de todo el año. Esta cuenta es mas considerable de lo que pensábamos, aun cuando no haya realmente escrito mas que lo que nosotros habíamos apuntado en nuestro libro de deudas; pero ha aumentado el precio de todos los artículos.

Lo peor de todo es que le debo otra cantidad del año anterior y pide que le pague, porque tiene, dice, gran necesidad de dinero. El total compone diez y ocho chelines.

Yo he ido á verle: es un hombre amable y político. Creia satisfacerle dándole un poco de dinero, mas no he podido convencerle, me ha dicho que la necesidad le obligaba á recurrir á medios extremos, porque tenia precision de pagar una letra en el término de tres dias. Un comerciante, me ha dicho, mira su crédito antes que todo.

Comprendiendo que todas mis súplicas serian inútiles, le he dado cuanto le debia: ya no me quedan mas que once chelines. Quiera Dios que el cómico me remita pronto lo que le he prestado, de lo contrario ignoro lo que será de nosotros.

Pues bien, si tú no lo sabes, hombre dé poca fé, Dios lo sabe. ¿Por qué se turba tu corazon? ¿Qué daño has hecho? ¿Es un crimen la pobreza?

24 de diciembre.—Con poca cosa podemos alegrarnos. Hemos experimentado una grande alegría viendo el traje nuevo de Jenny. La pobre niña está interesante; quiere estrenarle el primer día del año para ir con él á la iglesia.

Todas las noches me da cuenta de lo poco que ha gastado para el sosten de la casa; pero es preciso que pronto nos acostemos á las siete para ahorrarnos aceite y carbon. ¿Qué importa? Mis pobres niñas son muy activas durante el día, y se están charlando en la cama hasta que dan las doce: tenemos ademas una buena provision de nabos y de legumbres, y Jenny espera poder alimentarnos por espacio de seis ú ocho semanas sin contraer nuevas deudas: antes que termine ese plazo tenemos esperanzas de que Mr. Fleetmann cumpla su palabra. Cuando aparento dudar, Jenny se dispone á enfadarse, y no permite que se hable mal del cómico.

Muchas veces hablamos de él, y mis dos hijas hacen bastantes observaciones con este motivo. Su visita ha roto la uniformidad de nuestra vida, y su nombre suena á menudo en todas nuestras conversaciones. Es muy gracioso ver la cólera de Jenny cuando la maliciosa Polly la dice: ¡bah, al fin no es mas que un cómico! Entonces Jenny refiere un sin número de historias de actores célebres de Londres que han sido muy ricos y admitidos en la mesa de los príncipes, y añade que Fleetmann debe ser uno de los mejores actores que han existido. Habrá experimentado grandes desgracias, dice, pero tiene buenas maneras y un lenguaje muy escogido.

—Sí, sí, responde Polly, un lenguaje muy escogido; ya lo creo; ¡ha dicho que eras un ángel!

—Y tú tambien, exclamó Jenny con prontitud.

—Sí, pero yo estaba colocada en segundo orden; solo pensaba en tí.

Estas tonterías me han dado mucho en qué pensar. Polly crece; Jenny tiene diez y ocho años. ¿Cómo podré yo casar á la una y á la otra?

Jenny es una niña bonita, juiciosa, bien educada, económica; pero todo Crekelade conoce nuestra pobreza, y de aqui nace que seamos tan poco considerados y que halle difícilmente un marido.

En nuestros dias un ángel sin dinero vale menos de la mitad de un diablo con la bolsa llena.

La única ventaja que saca Jenny de su cara, es que todos la ven con gusto. Cuando llevó al tendero Loster el di-



nero que le debíamos, le regaló una libra de pasas y otra de almendras, y le dijo que sentía mucho haber sido tan exigente conmigo; pero que si yo continuaba comprando en su casa que me fíara hasta la Pascua. Nunca me hizo á mi semejante oferta.

Si yo llegase á morir, ¿quién cuidaría de mis pobres hijas abandonadas? ¿Quién? ¡Ah! su padre que está en el reino de los cielos. No quiero ocuparme mas del porvenir.

26 de diciembre.—Dos dias bien penosos. Nunca ha sido para mí tan triste la fiesta de Navidad.

En estos dos dias he predicado mis dos sermones cinco veces en diferentes iglesias. El camino de las aldeas estaba horroroso, el viento soplaba con violencia y el frio era insupportable. El peso de la edad comienza á hacerse sentir, pues no me encuentro tan dispuesto como en otras ocasiones; pero tambien es preciso considerar que coles y nabos cocidos, un poco de tocino y un vaso de agua constituyen un alimento que no da muchas fuerzas.

Estos dos dias he comido en casa del arrendatario Hurst; las gentes del campo son mas hospitalarias que las de nuestro pueblo, donde hace mas de seis meses que nadie ha tenido la idea de convidarme á comer. ¡Ah! ¡que no hubiera yo tenido á mis hijas en la mesa conmigo! ¡Qué abundancia! ¡Si solamente hubiesen tenido para su fiesta de Nochebuena con los restos de esta comida que se ha dado á los perros!

Sin embargo, he podido traerles algunas golosinas del postre, las cuales están comiendo mientras yo escribo. Es una felicidad que yo haya tenido el valor de decir al arrendatario y á su muger, al mismo tiempo que me instaban para que comiese mas: «sí me permitis, guardaré este pedazo de pastel para mis hijas.» Al instante aquellas buenas gentes me llenaron un saco de dulces secos, y como llovía, me condujeron en su carro hasta Crekelade.

Lo que se come y lo que se bebe tiene sin duda poca importancia, con tal que se tenga con qué apaciguar el hambre y la sed. Sin embargo, una buena comida es una cosa agradable; se encuentra uno mejor dispuesto y se tienen ideas risueñas; el espíritu tiene necesidad de sentirse un tanto escitado.

Me encuentro muy fatigado, pues he tenido conversaciones de grande importancia con el arrendatario Hurst. Quiero escribirlas. . . . .

27 de diciembre.—Nos hallamos en el colmo de la alegría; pero es preciso que usemos de la felicidad con moderación; es una virtud que debo enseñar á mis hijas. He resuelto no desatar hasta medio día la caja de dinero que me ha enviado Mr. Fleetmann. Nuestras hijas son hijas de Eva la curiosidad de saber lo que Mr. Fleetmann escribe las devora. Tan pronto como han leído el sobre cogen la caja y pasa de mano en mano.

Pero yo estoy muy turbado. No he prestado á Mr. Fleetmann mas que doce chelines, y él me envía cinco libras esterlinas. ¡Alabado sea el Señor! Sin duda habrá encontrado alguna buena colocacion.

Pero la alegría y el dolor se dan las manos. He ido hoy por la mañana á casa del alderman Fieldson: me dijo que el carretero Brook habia querido suicidarse á causa de sus deudas. Es un pariente lejano de mi muger. Hace once ó doce años que fui fiador suyo por una cantidad de cien li-

bras esterlinas, y aun no he sido libertado de esta fianza. Este hombre ha experimentado muchas desgracias en estos últimos años, y se habia entregado á la bebida.

El aldermann me ha tranquilizado; me dijo que habian corrido voces sobre el particular; pero que le parecia inverosímil que Brook se hubiese suicidado. Regresé á casa un poco mas consolado, y hallé á Polly que salía á mi encuentro para darme parte de la carta de remision de monsieur Fleetmann.

El mismo dia por la tarde.—Nuestra alegría se ha convertido en tristeza. La carta que suponíamos de Mr. Fleetmann es del rector Snart. Me dice en ella que conservaré mi empleo nada mas que hasta Pascua, y que se arreglarán nuestras cuentas para siempre. Me anuncia que puedo desde este momento ocuparme en buscar otro destino, y que me remite el dinero necesario para subvenir á mis gastos de viage, y que ha encargado al nuevo vicario que me reemplace acto continuo en mis funciones si yo no me oponia.

Ya veo que no carecian de fundamento las predicciones de las gentes del pueblo, y podrá suceder tambien, como se decia, que el nuevo vicario haya recibido tan pronto su nombramiento por haber consentido en casarse con una parienta cercana del rector Snart.

Jenny y Polly quedaron pálidas como la muerte, cuando en vez de una muestra del agradecimiento de Mr. Fleetmann supieron esta fatal nueva. ¡He aquí la recompensa de tantos años de servicio!

Polly se puso á llorar, arrojándose sobre una silla, y Jenny se encerró en su aposento. Mis manos temblaban viendo la carta del rector; entré en mi gabinete, me puse de rodillas y recé; me levanté mas tranquilo despues de mi súplica; tomé la Biblia, y las primeras palabras que les fueron las siguientes: «No temas nada, pues te he libertado y te he llamado por tu nombre; tú eres mio.» Mi temor desapareció; alcé los ojos al cielo y exclamé: «¡Si, Dios mío! ¡yo soy tuyo!»

No oyendo ya á Polly sollozar volví á entrar en la sala y la encontré arrodillada con las manos juntas y apoyadas sobre la silla. Nada le dije, cerré la puerta con cuidado y volví á mi gabinete para no turbar esta alma inocente y querida.

Algunos momentos despues, habiendo oido á Jenny, me dirigí hácia mis dos hijas, y las vi sentadas al lado de la ventana; conocí por los ojos encarnados de Jenny que habia buscado la soledad para no entristecernos mas con su dolor; las dos me miraban temblorosas; creo que temian hallar en mi semblante la espresion del abatimiento y la desesperacion. Al ver la calma de mi rostro se tranquilizaron. Tomé la carta y el dinero y deposité ambas cosas en mi pupitre. Hasta las doce no volvieron á decir nada respecto á este acontecimiento; yo tampoco queria recordarle; he visto en esta reserva un sentimiento de ternura por parte suya; por la mía temí parecer débil delante de mis hijas.

28 de diciembre.—Conviene dejar pasar la primera violencia de la tempestad sin pensar en sus estragos.

Hemos pasado una noche tranquila. Ahora hablamos de la carta del rector Snart y de la pérdida de mi empleo como de una historia antigua, y meditamos mil planes para el porvenir.

Pero lo que mas entristece es que todos estos planes reclaman la necesidad de separarnos por algun tiempo. Con



efecto, por de pronto no hay nada mas conveniente que hacer, que buscar una colocacion para Jenny y para Polly en alguna casa honrada, mientras que yo viajo para buscar un empleo y pan para mis hijas.

Polly ha vuelto á recobrar su buen humor; nos habla nuevamente del sueño que tuvo, y nos divierte con su mitra de obispo. Escuchándola se persuade uno de que no hay mas remedio que esperar algun favor providencial.

Cuando el nuevo vicario llegue á Crekelade le entregaré los registros de la parroquia y daré principio á mis faenas para adquirirme otro empleo. Mientras tanto voy á escribir á varios conocidos antiguos que tengo en Salisbury y en Westminster, para saber si hay medios de colocar á mis hijas... ¡ay!... en clase de cocineras, costureras ó doncellas de labor en alguna casa honrada. Jenny puede ser una excelente niñera.

No dejaré ni á la una ni á la otra en Crekelade. El pais es pobre, los habitantes poco caritativos, y tienen ademas todos los defectos de los habitantes de las grandes capitales.

No se habla ya de otra cosa mas que del nuevo vicario; algunos manifiestan afligirse por mi partida; pero ignoro si este sentimiento es sincero.

29 de diciembre.—Hoy he escrito á monseñor el obispo de Salisbury, y le he pintado con los colores mas vivos mi dolorosa situacion, el abandono de mis hijas y mis largos y fieles años de servicio en la viña del Señor. Creo que es un hombre piadoso y humano ¡quiera Dios hacerle favorable á mis intentos! En las tres ó cuatro iglesias del Wiltshire debe haber algun rincon para mí; yo no pido mucho.

30 de diciembre.—Es menester que la mitra de obispo que Polly ha visto en sueños venga muy pronto, ó que yo vaya á una prision; si, lo veo, la prision es inevitable. Me falta la energia, y procuro en vano reconquistar mi antiguo valor, no tengo ni aun fuerzas para rezar... ¡tan grande es mi tristeza!

Si, la prision es inevitable; quiero repetirlo sin cesar para acostumbrarme á esta idea. ¡Que la misericordia de Dios tenga compasion de mis hijas! Yo no puedo decirlas lo que sé.

Puede ser que una muerte prematura me salve de esta vergüenza. No sé lo que me pasa; el frio de la fiebre corre por mis venas; tengo las manos tan temblorosas que apenas puedo escribir.

Algunas horas mas tarde.—Ya estoy un poco mas tranquilo. Queria echarme en los brazos de Dios y rezar ¡pero me encontraba tan malo!... Me tendi en la cama y creo haber dormido un poco. Acaso haya estado privado del conocimiento. Han trascurrido tres horas, y mis hijas me han arropado mucho los pies; todo lo que ha sucedido me parece un sueño.

El carretero Brook se ha ahorcado, y el alderman Fieldson me ha llamado para comunicarme tan triste nueva, mostrándome un proceso verbal con la nota de mi fianza. En seguida me ha dicho que Brook dejaba deudas considerables, y que haria bien en pensar en satisfacer al mercader Withiel de Trowbridge, hácia el cual he respondido por cien libras esterlinas.

(Se continuará.)

## ESTUDIOS GEOGRAFICOS.



Valle de Loyo'a: casa donde nació el santo de este nombre.



## GLORIAS DE ESPAÑA.



Hiere, estoy pronto á morir.

### LA MUERTE DE ABDHELMELIK.

I.

Por los años de 1339, Mahomad, rey de Granada, se vió precisado á pasar á el Africa en busca de auxilio contra sus poderosos enemigos en la Península. Era la época en que las armas de los reyes cristianos de España, siempre triunfantes, iban no solo ganando de día en día el terreno que los infieles tan rápidamente conquistaran, sino amenazando el desalojarlos de sus últimas posesiones. Por eso Mahomad, conociendo que era preciso conjurar con tiempo la ruina de sus reinos, de que estaba amenazado, y conociendo tambien que sus fuerzas no bastaban para contrarestar á las tropas cristianas reunidas, resolvió pasar al Africa para solicitar por si mismo el auxilio que en vano tantas veces habia implorado. El Africa, de donde en otro tiempo habian

TOMO X.

venido, era el recurso natural de los musulmanes de España; aunque no siempre los habitantes de las abrasadas arenas estaban dispuestos á sacrificarse por sus hermanos de la Península; pero cuando se convencian de que amenazaba á todos seriamente la actitud que iban tomando las armas cristianas, cuando se convencian de que no teniendo en su pais enemigos que vencer, podrian muy bien aspirar á caer sobre los habitantes del otro lado del estrecho, entonces se entendian bien con los infieles de la Península y hacian causa comun con ellos. Tan cierto es que para unir las fuerzas de todos y para producir acciones simultáneas y enérgicas, es indispensable que haya una causa que ahuyente el egoismo, que haya un peligro que amenace igual, mente á todos.

Mahomad, pasando al Africa, se dirigió al reino de Fez, donde reinaba Albohacem, que recibió espléndidamente al monarca granadino y le concedió una audiencia pública, recibéndole en su palacio y rodeado de los principales oficiales de su corte. Mahomad en una sentida arenga pintó el



verdadero estado de las cosas en la Península, los progresos que los cristianos hacían cada año, y los daños que hacían á las tribus mahometanas, casi todas originarias del Africa. Reclamó la asistencia de los reyes africanos, y particularmente de Albohacen, tenido entonces por el mas poderoso y emprendedor, y manifestando que el pasar á España era una obra meritoria á los ojos del Profeta, como consecuencia de las bélicas tradiciones que habia dejado al pueblo árabe, aseguró que el triunfo era indudable, si las fuerzas de unos y de otros se combinaban con inteligencia y union.

Todos aplaudieron el objeto de la expedicion que se proyectaba, y desde aquel momento los moros del Africa hicieron causa comun con los de la Península. Al mandato de Albohacen acudió una heterogénea muchedumbre, ni bien armada ni bien disciplinada, pero que constituía un respetable cuerpo de ejército. Sin embargo, toda esta multitud no se puso al instante en camino: Albohacen resolvió enviar delante á su hijo Abdhelmelik con un buen cuerpo de caballería, que era tal vez lo mejor del ejército. Abdhelmelik, joven, animoso, fanático en sus creencias y ansioso de gloria militar, se encargó de aquella empresa con indecible entusiasmo, y su padre para mas enardecerle, le dijo al tiempo de partir:

—Marcha, hijo, á una empresa digna de ti; me agrada esa resolucion que manifiestas, y que es como un presagio de la victoria. Para tí será todo el fruto de ella, y yo te prometo solemnemente que tuyas serán todas las ciudades y villas que conquistares, y así tendrás reinos ganados por tu brazo aun antes de poseer los que has de heredar de tus mayores.

Partió sin tardanza Abdhelmelik al frente de su lucida hueste, prometiéndose llegar con ella hasta los mas remotos confines de la España, temeridad por cierto bien disculpable en el que jamás se habia visto frente á frente de los caballeros de Leon y de Castilla.

## II.

Las sombras de la noche cubrian la vasta campiña que se estiende mas acá de Nebrija, en la que se hallaban acampados y en favorables posiciones dos numerosos y contrarios ejércitos. Habian de combatir al dia siguiente apenas el alba despuntase, y era seguro que antes de medio dia la mayor parte de aquellos guerreros estarían tendidos sobre el polvo ó huirían perseguidos por la espada de los vencedores. Los africanos que cruzando el mar guiados por Abdhelmelik, habian caído sobre la España como devastador torrente, habian llegado asolando los campos hasta Jerez y su campiña, sin que en toda esta correría hubiesen sido hostilizados mas que por el animoso maestro de Alcántara, que en Arcos desbarató un cuerpo de mil quinientos infieles. Comprendian, sin embargo, los gefes cristianos cuán importante era contrarrestar el ímpetu de los africanos antes que se uniesen á sus hermanos de la Península, y por eso todos los caballeros de Andalucía se aprestaban á la lid con ánimo resuelto, pues la tardanza en aquel caso hasta podria causar la perdicion de la patria. Los africanos, habiendo puesto en vano sitio á Nebrija, y con noticia de las tropas cristianas que en número respetable salían á su encuentro, creyeron prudente no internarse mas, y asentaron su campo guarecidos por un barranco y un riachuelo de corta estension.

En la noche que precedia al combate, era muy diversa la situacion de ambos ejércitos: notábase en el de los africanos mucho desorden y abandono, sin que ni aun en la calma de la noche pudiera guardar silencio aquella tan diversa y descompuesta multitud. En el campo cristiano pocos hombres habia tendidos sobre el suelo y alrededor de las hogueras: notábase mas inquietud, mas impaciencia; porque aquellos hombres conocian cuán decisiva iba á ser la próxima jornada: unos preparaban sus armas, otros aprestaban sus caballos, y no faltaban algunos que iban á reconciliarse á los pies de los sacerdotes, con cierto presentimiento de que el dia siguiente seria el último de su vida. Los gefes del ejército cristiano permanecieron bajo una tienda deliberando hasta hora muy avanzada de la noche: allí se hallaban Fernan Perez Portocarrero, Alvar Perez de Guzman, Pedro Ponce de Leon y otros ilustres caballeros que en aquel lance no habian dudado un momento en comprometer sus vidas y haciendas; pero forzoso es decirlo, habia alguno que otro caballero discolo y descontento, como don Juan Manuel y otros sediciosos que antes que auxiliar á Castilla, habian hecho causa comun con Aragon ó con el mismo rey moro de Granada. Esta consideracion traía afligidos á los gefes del ejército, que al salir de la tienda á hora muy avanzada de la noche y al contemplar á la fantástica claridad de las hogueras la vasta muchedumbre de ambos ejércitos, observaron con dolor cuán superiores eran en número aquellas feroces hordas africanas, y á pesar del buen plan de batalla que acababan de concertar, todavía alguno se atrevió á dudar de la victoria; pero el animoso Portocarrero, interrumpió al instante á los dudosos exclamando enérgicamente:

—¿Por qué dudar de nuestro triunfo? Pocos somos, es verdad; pero tenemos de nuestra parte un auxiliar muy poderoso.

—¿Y cuál es? preguntaron todos sus compañeros.

—¡La justicia!... La santa causa que defendemos. Aquellos bárbaros combaten solo guiados por su insaciable rapacidad, y ya disponen de nuestras haciendas y del honor de nuestras esposas é hijas; pero nosotros combatimos por nuestro patrio suelo, por el sostenimiento de nuestros derechos, por nuestra creencia; nuestra causa, en fin, es la misma causa de Dios.

Estas palabras, como todas las que escitaban sentimientos nobles y generosos, produjeron su efecto en aquellos guerreros, que se apartaron tácitamente resueltos á vencer ó morir en la batalla.

## III.

Comenzaba apenas á difundirse la blanquizca claridad del dia, y ya estaban preparados ambos ejércitos dándose á breve rato la señal de acometer. Los africanos, apoyados en una de las márgenes del río, opusieron tal resistencia que contuvieron las huestes cristianas, paralizando todo su impetuoso arrojo. En tal conflicto, Fernan Perez, Ponce de Leon, Guzman y los demás gefes, despliegan toda su energia y se lanzan resueltos á la otra orilla: un cuerpo de hombres cubiertos de hierro los sigue, y rompiendo las filas de los enemigos, penetra hasta el centro de su ejército. Una vez desbaratado el orden de batalla, los infieles llevan lo peor de la pelea y se van replegando lentamente; pero Ab-



Abdhemelik, viendo el desaliento de los suyos, se adelanta en su fogoso caballo blanco, animando á los soldados con su ejemplo y sus palabras, de modo que vuelven al combate, y la accion se renueva con mas calor que nunca. En esta segunda refriega las huestes de Abdhemelik son tambien derrotadas, muchos oficiales de su ejército son hechos prisioneros, y el mayor número sucumbe allí á su lado. Su primo Aliatar perece miserablemente á su vista, y el mismo Abdhemelik, que ha quedado casi solo, es derribado del caballo.

—¡Nuestro gefe es muerto! esclaman consternados los musulmanes, y estas palabras que corren rápidamente de boca en boca, acaban de difundir el desórden y el desaliento por todas partes. El caudillo africano no habia muerto todavía; pero los cristianos se aprovecharon de aquellos momentos para cargar á los infieles con mas brio, y la victoria fué completa, haciéndolos que se dispersasen despavoridos al través de la vasta campiña.

En esta precipitada fuga, en esta horrible matanza de fugitivos, un simple soldado español alcanza y detiene á un enemigo que huía á pié sin turbante y sin armas. Levanta sobre él su arma homicida; pero el moro sin pestañear siquiera le dice:

—Hiere, estoy pronto á morir.

Esta serenidad sorprende al cristiano, que reconociendo ademas en su enemigo una persona de distincion, quiso mas bien hacerle prisionero:

—Ríndete, le grita, y sígueme prisionero.

—¡Jamás! contesta el moro furioso y en ademán de arrojarle sobre el guerrero que le recibe con un pesado golpe de su hacha de armas y diciéndole; ¡muere! al mismo tiempo que le tiende sin vida á sus pies. Era el muerto el mismo Abdhemelik, el arrogante príncipe africano que con tan lucido ejército y halagado por tan risueñas esperanzas habia pasado á España, y el que con su lastimosa muerte ofrecia un notable ejemplo de las vicisitudes de las cosas humanas, y de lo ilusorios que son los cálculos de una ambicion desmesurada.

Con la derrota y muerte de Abdhemelik quedó asegurada por largo tiempo la paz en Castilla y acabaron de una vez las esperanzas que los africanos abrigaban de volver á enseñorearse del hermoso suelo de la Peninsula española.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

#### A UNA FLOR MARCHITA.

Hija de la mañana  
¿por qué abatida la graciosa frente  
no há mucho tan ufana?  
¿qué de tu honor y tu arrogancia queda?  
Hoy venturosa y leda  
sobre el flexible tallo columpiada  
te saludó la aurora  
en el rosado Oriente,  
cuando de su alma luz acariciada  
junto al arroyo en el vergel naciste;  
y hoy el arroyo con murmurio triste,

al fenecer el día en Occidente,  
corre, te busca, y al mirarte llora  
de tu beldad lozana  
el efímero alarde y pompa vana.

Mas ¡cuántos disfrutaste y cuántos diste  
bienes preciados, en tu gloria breve!

Del sol enamorado  
los vívidos colores recibiste:  
ósculo regalado  
del céfiro sonante, cuando leve,  
tallo, ramas y pétalos movia,  
y en la húmeda corola vacilante  
al plácido murmullo se adormía:  
el pardo ruiseñor con pico de oro  
tus néctares bebió: la susurrante  
solicita abejuela, dulce cuna,  
y aun mas dulce tesoro  
de miel y aromas alcanzó en tu seno:  
en tu cáliz sereno  
vertió sus rayos la argentada luna:  
sus nacaradas gotas el rocío;  
y al retratarte en su cristal el río,  
sus acentos sáaves  
unió cantando á los del bosque umbrío,  
y al coro de los vientos y las aves.  
¿Ni que voz generosa á tus loores  
el tributo negó? Con noble verso  
vistiendo tus colores,  
tu gloria al universo  
dijo la lira; y la campestre avena  
con dulce cantilena  
en el valle y la vega á los pastores.

En el sublime alcázar peregrino  
de mármoles labrado;  
en la ramosa gruta; en la cabaña  
de informes troncos de silvestre pino;  
en el cercado huerto; en la montaña,  
perfume regalado,  
inefable dulzura, encanto y vida,  
con mano igual profusa derramaste:  
allí donde brillaste  
resplandeció la tierra ennoblecida;  
los tendidos desiertos se animaron;  
menos horrible pareció el abismo;  
y ante el sepulcro mismo,  
los ojos que miraron tu hermosura  
menos acerbos lágrimas lloraron,  
y con menos terror la muerte dura  
y sus tristes despojos contemplaron.

Luego, del tallo paternal tronchada,  
pobre huérfana errante  
¿qué fué de ti, lanzada



de la vida del hombre al torbellino?  
 ¿Fué acaso tu destino  
 brillar un solo instante  
 en el mórbido pecho de la dama,  
 ó en su cabello undoso;  
 irritar del amor la viva llama  
 en el amante, de tu honor celoso;  
 y, el labio audaz en tu corola impreso,  
 mustia tornarte al encendido beso?  
 ¿O en las pompas del templo sacrosanto  
 desfallecer en medio de esplendores  
 al grato son de religioso canto,  
 mezclando tus olores  
 á la de incienso y mirra blanca nube  
 que vagarosa del altar se eleva,  
 con lenta magestad se estiende, y sube,  
 y á Dios el llanto y la plegaria lleva?  
 ¿O profanada en el festín, la frente  
 adornar del impuro sibarita  
 que luego, ingrato, te arrojó marchita  
 al vil contacto de su sangre ardiente?

Luciste una mañana: no sin gloria.  
 Nacer para el amor, y en corta vida  
 de todos bendecida  
 ser amada y amar: tal es tu historia.  
 Y morir como el niño que arrancado  
 al seno de su madre, sube al cielo  
 en ángel trasformado.  
 Flor también es el niño que prefiere  
 el Eden inmortal al triste suelo.  
 ¡Cuán amado de Dios es el que muere  
 en brazos del amor; puesto el oído  
 al maternal acento; suspendido  
 al casto pecho por el dulce labio;  
 sin probar el agravio  
 de perfidia cruel ó duro olvido!

Bella en la vida y en la muerte fuiste:  
 en la vida y la muerte blando aroma  
 tus hojas exhalaban,  
 y tus dulces alientos se mezclaron  
 del aura leve al generoso aliento.  
 Y si nada resiste  
 de la dura segur al movimiento  
 que alzados muros con furor desploma,  
 que alzadas cimas con fragor derrumba,  
 tú no pruebas sus iras:  
 con lánguido desmayo en paz espiras;  
 y perfumada tumba  
 que el poderoso príncipe envidiara,  
 mas que de oro preciada y de diamante,  
 en su seno escondido te prepara  
 sobre el fiel corazón virgen amante.

Pero no: tú no has muerto.  
 De misterioso impulso arrebatado,  
 tu cáliz puro, de esplendor cubierto,  
 aunque en tierno deliquio aprisionado,  
 al labio llevo y exhalar le miro  
 perfumado suspiro.  
 Vives, si, vives: trasparente gota  
 de la linfa purísima que brota  
 de las porosas hidrias espumante,  
 sobre tus hojas con piedad vertida  
 venga, y te anime, y otra vez pujante  
 despierta de tu sueño, flor dormida.  
 Yo muerta te creí, y en flebil tono  
 canté tu gloria y tu fugaz ventura  
 con ronca voz y desmayado acento;  
 mas si de nuevo al trono  
 vuelves de la hermosura,  
 voz mas acorde con heróico aliento  
 eleva el canto que perpétuo durá.

Así, del cielo amado,  
 fragancias difundiendo espira el justo;  
 vida encuentra en la muerte, y va sereno,  
 de espíritus angélicos cercado,  
 al pie del sólio augusto,  
 de alta esperanza en su justicia lleno.  
 Vivió, resplandeció, y aroma en torno  
 de pródiga virtud llenó el ambiente:  
 vestido de piedad, único adorno  
 fué la virtud de su elevada frente.  
 Y cuando en hora malhadada, vela  
 sombra de muerte su sepulcro frío,  
 auréola brillante  
 donde el Señor su magestad revela  
 circunda su semblante.  
 Ruge el áverno: Satanás impio  
 al bátraco se lanza rebramando  
 seguido de su bando:  
 él rodeado del divino coro  
 las ígneas alas apareja al vuelo;  
 rompe el aire con impetu sonoro,  
 y, feliz vencedor, se eleva al cielo.

Mas si debes morir, flor generosa,  
 ¡Cuán noble todavía  
 eres en tu agonía!  
 En torno al corazón las hojas bellas,  
 en actitud piadosa,  
 para ocultar las huellas  
 de la muerte se agrupan, y á porfía,  
 como amigas fieles,  
 tu seno cubren y sobre él espiran.  
 Así cuando ya miran  
 marchitos sus laureles  
 las semidiosas que adoró la tierra,  
 vencidas en la guerra  
 del crudo tiempo, que con leves alas



marchitó su hermosura  
y en humo y polvo convirtió sus galas,  
la frente ocultan donde ya no brilla  
de la edad juvenil el dulce fuego;  
la rugosa vejez con mano dura  
cenizas desparciendo, en la megilla  
que la rosa envidió, su sello imprime,  
sorda de la beldad al hondo ruego.  
Y en vano, en vano gime  
el idolo desecho en solitario  
altar sin cultos al amor propicios:  
las antiguas diademas son cilicios;  
y envuelto en el sudario  
de la implacable edad que le devora,  
recuerda, y pasa, y sin consuelo llora.

¡Oh dulce flor! ¡Oh reina destronada!  
¿qué te valdrá el recato?  
¿Por el que antes te amó, céfiro ingrato,  
te verás de tu manto despojada  
con bárbara osadía;  
y el aura matinal, sin conocerte,  
sobre la tierra que adornaste un día,  
profanando tu muerte,  
entre escorias y abrojos  
esparcirá tus míseros despojos?  
¡Si al menos retratarte  
mi rudo verso triunfador pudiera!  
¡Si pudiera llevarte  
de la inmortalidad á la alta esfera!  
Pero mi lira en breve  
desfallecida como tú, al quebranto  
se rendirá; ni leve  
memoria acaso quedará del canto.  
Pendiente del ciprés, hondo lamento  
en sus cuerdas sonando dará el viento.

RAFAEL MARIA BARALT.

## LA VIRGEN DEL PUIG.

(TRADICION HISTORICA.)

(Conclusion.)

### VII.

Sea, en efecto, por intervencion de este soldado celeste (de lo cual la historia de España y de todos los países nos ofrece ejemplos análogos), ó bien por el arrojo y valentía de los cristianos, nadie nos negará que hay algo de milagroso y providencial en esta insigne victoria.

Así lo reconocieron los vencedores y así lo expresó su valiente y piadoso jefe, don Bernardo Guillen de Entenza, cuando despues del *Te Deum* celebrado para dar por ella gracias al Todopoderoso, dijo humildemente á San Pedro Nolasco, que á la sazón se encontraba allí:

—Oh buen padre, esta victoria, que siempre se celebra-

rá por todo el mundo, no se debe á nosotros que éramos muy inferiores en número á nuestros enemigos, ni á nuestras armas ni méritos, pues estábamos desarmados por la multitud de nuestras culpas, sino á vuestras oraciones que saben hacer bajar á la tierra el socorro de los cielos (1).

La aparición de San Jorge y otras circunstancias que concurrieron en esta memorable batalla, empezaron á preocupar fuertemente los ánimos. Desde que se ganó y reedificó el castillo, varios soldados, estando de centinela habian visto, particularmente los sábados, una multitud de luces que, según afirman algunos historiadores, bajaban del cielo y se escondían en el montecillo ó collado fronterizo al castillo. Otros aseguran que eran siete radiantes estrellas de vivísimo resplandor, eslabonadas en forma de cadena, y cuya vista producía tan profundo bienestar é intensa alegría en los corazones, que *las lágrimas corrían de los ojos sin sentir las*.

Esta opinion ha prevalecido sobre la primera, si bien ambas tienen el mismo fundamento y pueden conciliarse fácilmente.

En épocas posteriores se han vuelto á ver estos y otros meteoros igneos en el Puig, y la creencia general continúa atribuyéndoles un origen milagroso.

La coincidencia que se ha notado entre su aparición y varios acontecimientos, es verdaderamente singular (2). No siempre la ciencia del hombre alcanza á esplicar todo, y fuerza es que vea la mano de Dios, allí donde el orgullo y la ignorancia le muestran solamente el resultado de la casualidad. A veces el buen sentido del vulgo adivina y explica satisfactoriamente lo que la inteligencia de los sabios no comprende ni acierta á definir.

Informado de aquellos rumores el gobernador del castillo, los puso en conocimiento de San Pedro Nolasco, el cual lejos de maravillarse, contestó:

—¿De qué os admirais?... Ese prodigio no es para mí novedad. Las luces de que me habláis son muy semejantes á otras que, hace algunos años, estando en Barcelona merecieron ver mis ojos sin poder atinar sus misterios. Esas luces son lenguas del cielo, que nos indica está escondido en aquel montecillo algún celestial precioso tesoro. Cavad la tierra donde se ocultan, y vereis las maravillas y grandezas divinas (3).

### VIII.

Al día siguiente, que era un domingo, habiendo confesado y comulgado, salieron todos del castillo en compañía del santo.

Este les señaló el parage donde habian de cavar; se cruzó de brazos, y esperó tranquilo y confiado se cumpliera su predicción.

Los picos y azadones rebotaban á menudo, chocando

(1) Vargas.—Chron. Latin ord. B. Mariæ de Mercede.—Lib. I, Cap. XXII.

(2) Citaremos un hecho (suficientemente averiguado), de los muchos que refieren las historias de esta milagrosa imagen. En el año de 1588, cuando se hicieron públicas rogativas en toda España por el triunfo de la Invencible armada, varios vecinos del Puig, de Puzols, de Murviedro y otros pueblos inmediatos, observaron diversos meteoros luminosos, y entre ellos uno que imitaba el áncora rota de un navío. Nadie ignora cuál fué la suerte de la Invencible armada, contra la cual se conjuraron hasta los elementos para que no justificase su arrogante título.

(3) Vargas.—Chron. cit.



contra los escombros de un edificio antiquísimo, que yacía sepultado bajo la primera capa de tierra. Redoblaron sus esfuerzos los operarios, y á uno de sus golpes, un crugido metálico y sonoro vibró agradablemente en todos los corazones. Continuaron cavando, y descubrieron las paredes de un templo que, á juzgar por las ruinas, debía haber sido grande y suntuoso.

Animados con este descubrimiento, prosiguieron con doble ardor en su tarea, hasta que tropezaron con una magnífica campana; apresuráronse á levantarla, y debajo de ella encontraron la veneranda imagen de María, escondida allí *quinientos veinticinco* años antes por los monjes basilios del convento godo del Puig, en la forma y modo que hemos visto en el párrafo IV.

Renunciamos á pintar la alegría y el entusiasmo general; los gefes tomaron en hombros la bendecida imagen, y los soldados la campana, y llenos de indecible alborozo, entonando un himno de gracias al Altísimo, subieron al castillo y depositaron en su iglesia ú oratorio aquella seráfica, preciosa é inestimable reliquia, gaje de altas esperanzas, prenda segura de que la ira del Eterno se había ya aplacado, y que no pasarían muchos días sin entrar victoriosos en Valencia.

La siguiente estrofa de una poesía lemosina, aunque muy antigua, escrita posteriormente, cuenta así el milagroso hallazgo y los beneficios que reportó á los cristianos la posesión de esta santa imagen.

Les esteles veu Nolasco,  
Y en la campana os trobá,  
Torre contra infael Damasco,  
Que má de angels fabricá;  
El rey Jaume en vos tragué  
Forta espasa y triunfadora,  
Quant Sent Chordi aparegué:  
En lo Puig amaneixqué  
Del Orient la clara aurora,  
de Valencia protectora,  
Mare de qui el mon sosté (1).

#### IX.

La campana bajo la cual se encontró la imagen de la Virgen, tenía aproximadamente siete palmos de altura y tres y medio de ancho, según se colige de un antiguo dibujo que se conservaba en Valencia á principios del siglo pasado. Nadie ignora que las campanas de entonces eran, aunque anchas de labio, muy estrechas de medio cuerpo arriba, y esto explica la desproporción que existe entre la altura y diámetro de la del Puig.

A su alrededor veíase grabada á trechos en pequeños

- (1) Las estrellas vió Nolasco  
Y en la campana os hallaron,  
Torre contra infiel Damasco  
Que los ángeles formaron.  
En vos don Jaime encontró  
Fuerte espada triunfadora  
Desde un santo (a) la esgrimió,  
Y en el Puig amaneció  
La mas pura y clara aurora,  
De Valencia protectora,  
Tesoro y madre de Dios,

(a) San Jorge.

cuadros y con preciosísimas labores, la historia de la imagen tal como la refiere la tradición, y las figuras de los apóstoles San Pedro, San Pablo y Santiago. El epígrafe que se lee al frente de esta leyenda, escrito en caracteres godos, ceñía la campana con un letrero de cuatro dedos de ancho. el cual traducido literalmente, dice así:

«Santa Maria ruega por nosotros. Sea nuestra protectora tu imagen, que labrada en una piedra de tu sepulcro por los ángeles, fué traída por ellos y honrada con la venida de los apóstoles. Tus siervos te reverenciamos. Aleja de nosotros los rayos y truenos con la vibración de esta campana, que fabricamos en la Era seiscientos sesenta.» (Año 621 ó 622.)

En el año de 1550 se rompió esta campana, y fué fundida de nuevo, enriqueciendo con su metal no solo otras del convento, sino también muchas de la provincia. Posteriormente han sufrido la misma suerte las tres renovadas en 1588, á fines del siglo XVII y en 1756; y hoy, si no nos es infiel la memoria, solo se conserva del metal de la campana primitiva, sin mezcla, una pequeña de un palmo de alta.

La imagen, á la que sirvió de cubierta por espacio de mas de quinientos años, tiene cinco palmos de alta y tres y medio de ancha. Compónese de una losa de piedra de un palmo de gruesa, parecida al mármol, aunque dicen que no es mármol, sino otra clase de piedra que abunda en Palestina.

Las figuras de la Virgen, la de el niño que tiene en brazos, y de los ángeles que se ven á su espalda, son de medio relieve y están tan primorosamente esculpidas, que facilitan la pia tradición que atribuye á manos seráficas su labor.

La Virgen, sentada en una especie de silla ó trono, ciñe amorosamente con la mano derecha el cuerpecito de su hijo, que posado sobre las rodillas de su madre, apoya los brazos en sus hombros, como anhelando acercar sus labios á los de ella.

El rostro y la actitud de María revelan la dulce é inefable satisfacción que debe experimentar una joven madre al recibir las caricias de su primer hijo idolatrado. Inclina el cuello y oprime con su megilla la infantil cabeza del niño, como provocándole á que deponga en su casta frente un tierno y prolongado beso.

En los dos extremos, como saliendo de la orla superior formada en la piedra, hay dos ángeles de medio cuerpo con las alas estendidas y con las manos ocultas bajo el manto que los cubre, en actitud de adorar á la reina de los cielos y á su divino hijo. El reverente afecto y la sublime delectación que baña sus semblantes completan la belleza y armonía de este cuadro encantador.

Jesús está vestido á lo nazareno, y el traje de la Virgen es el mismo con el que la pintan San Lucas y San Juan Evangelista: ropa talar y manto que arranca de la frente y cae en flotantes pliegues hasta mas abajo de las rodillas. Tanto María como Jesús tienen en la cabeza una corona de plata.

Graves autores aseguran que en la capilla donde hoy se encuentra esta sagrada imagen, se han oído en varias ocasiones armonías celestiales. Su arquitectura es sencilla y hay en ella algunas pinturas de mérito. La imagen está oculta en el nicho del altar, velada por un lienzo ó cuadro que representa á la misma Virgen, y no se muestra á los



fieles sino despues de haber encendido las lámparas, consagradas á este objeto, en conmemoracion sin duda de las luces milagrosas con que fué encontrada.

## X.

Un abultado volúmen necesitaríamos escribir si hubiéramos de narrar todos los milagros que se atribuyen á esta santa imagen, no siendo el menor de ellos su origen, pues como queda dicho y la tradicion afirma, fué labrada por los ángeles en una piedra del sepulcro de Maria, en Gethsemani, y traído por los mismos al Puig en el siglo primero de la Iglesia.

Por su divina intercesion el mar ha aplacado sus iras, y centenares de náufragos se han visto libres del furor de los elementos desencadenados.

Los mudos han recobrado el habla, los ciegos la vista, los paraliticos el uso de sus miembros entorpecidos, los enfermos la salud, y hasta los muertos la vida!

Reyes, príncipes, obispos, generales, grandes y pequeños, pobres y ricos, sábios é ignorantes, han venido en tropel á ofrecerle el tributo de su adoracion y gratitud, en pago de las mercedes recibidas.

Uno de estos reyes, don Pedro el Cruel, llevó su devocion, segun refieren Ballester, Broil y el padre Mariana, hasta el punto de presentarse desnudo de toda pompa real, en camisa, descalzo y con una soga á la garganta.

Acometido de una deshecha tempestad en las bocas del rio Cullera, invocó el auxilio de la Virgen del Puig, y estando ya á punto de ser tragados por las olas él y su armada, de pronto amainó el viento, serenóse el mar y el iris de la bonanza brilló en el cielo. Agradecido el monarca á tan señalado favor, cumplió su promesa del modo que hemos dicho, regaló algunas joyas al convento, y otorgó licencia á sus religiosos para pedir limosnas en todos sus reinos.

No en vano, pues, los altares y las paredes del monasterio están llenas de retablos y de ofrendas que testifican el divino amparo y proteccion que la piedad de los fieles ha encontrado siempre en el culto de esta santa Virgen.

No en vano, cuando en 1588 fué trasladada en solemne procesion á Valencia, con motivo de las rogativas generales que se hicieron por orden de Felipe II en todas las iglesias de España, se despoblaban los pueblos del tránsito y de los alrededores por seguirla; y entre las procesiones que de estos lugares se dirigieron á la capital, eran tantos los penitentes de sangre, *que tenían el suelo de rojo carmin*, segun la espresiva frase de un escritor contemporáneo.

No en vano, en fin, despues de la victoria del Puig, de regreso de Zaragoza el invicto monarca aragonés, en presencia de todos los capitanes de su ejército, hizo juramento sobre el altar de esta escelsa imagen, de no volver á Aragon hasta que hubiese rescatado del poder de los infieles la ciudad de Valencia, lo cual se verificó el 28 de setiembre de 1238.

Por eso en la ciudad y en el reino de Valencia se profesa tan singular afecto y se rinde culto general á la santa Virgen Maria y á la gloriosa y bella tradicion simbolizada en la piedra que la representa: por eso la acatan como *su primera y principal patrona*, y la consagran todos los años por el mes de setiembre una fiesta popular que rememora á la vez los sucesos que precedieron á la conquista y los misterios de nuestra augusta religion.

## XI.

En nuestra última escursion verañiega nos dirigimos á Valencia, y estando en Valencia, natural era que procurásemos ver lo mas notable que hay en la ciudad y sus cercanías.

Con este objeto nos encaminamos una hermosa mañana al Puig. Habíamos oído hablar de su célebre monasterio y de su milagrosa imagen, y teníamos curiosidad de juzgar por nosotros mismos si eran dignos de su fama.

El sacristan, que es un chico bastante despierto, nos enseñó la iglesia y nos sirvió de cicerone.

El aspecto del templo, la multitud de ofrendas que le decoran, y sobre todo, los hechos singulares que nos referia el sacristan á cada paso, preocuparon vivamente nuestra imaginacion.

La historia de la Virgen del Puig nos pareció desde luego un asunto bellissimo para una leyenda; y nos propusimos averiguar si los cronistas é historiadores que se han ocupado de ella estaban de acuerdo con las creencias populares.

Por fortuna pronto pudimos satisfacer este deseo: nuestro apreciable amigo don Juan Bautista Reig, escribano del Puig, jóven de excelente trato, de talento é instruccion nada comunes, nos facilitó algunos libros antiguos y raros, donde encontramos cuantos datos podíamos apeteecer.

Su lectura acabó de decidirnos, y sin mas que dar una forma adecuada á la índole de un periódico literario á lo que cuentan los autores mas competentes y autorizados, sin añadir ni quitar nada á la tradicion, sin falsear ni tergiversar los hechos históricos en que se funda, hemos escrito la presente *leyenda*, que puede considerarse como el boceto ó compendio de la portentosa historia de LA VIRGEN DEL PUIG.

Puig, agosto 29 de 1851.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

## LA INGLATERRA Y LOS INGLESES.

## CAPITULO PRIMERO.

(Continuacion.)

Cuando los ingleses ni aun sueñan en erigir algun monumento, construyen edificios magníficos, y de estilo muchas veces maestro; se les vé afanados para hermosear las calles y *squares*, procurando la simetria y que sus planos guarden proporcion y estén en armonia con los anteriormente contruidos. Un capitalista ó una compañía, compra un solar ó un terreno en que pueden levantar seis ó siete casas. Entonces se forma una cuenta ó presupuesto muy minucioso de lo que ha de costar una sola casa que tenga fachada, peristilo, galerias, techado y vidrieras; despues cuando se trata de ocuparla, en vez de repartir el inmueble entre los locatarios, se divide en muchas suertes ó lotes adquiridos por muchos propietarios, y de este modo revive y se restablece de nuevo la compañía. Asi es como ciertos cuarteles como Portland-place y Belgrave-place devueltos á particulares ofrecen á la pública admiracion una larga serie de palacios magníficos. Los monumentos públicos en



general, están menos adornados y hermo­seados: el inglés solo se cuida de las comodidades de la vida privada.

Nada mas notable que la mezquindad que se advierte en la Galería nacional, edificio raquítico, desproporcionado, lóbrego, angosto y cubierto con una cúpula que hace el mismo efecto que la gorra de un jokey que se hubiese quedado olvidada en un terrado. Es un edificio que debe construirse de nuevo: no es bastante espacioso para dar cabida á las obras de escultura, y los doscientos catorce cuadros que contiene, están con estrechez y mal colocados. Esta galería, que principió en 1824 únicamente por la adquisición de la colección Angerstein, enriquecida dos años después con los donativos de sir Jorge Beaumont, y sucesivamente con las liberalidades de varios, está seguramente destinada á aumentarse, pero la obra actual no se ha terminado sino en 1838.

En este país en que la propiedad es tradicional, únicamente los monumentos de las artes son los que se reparan con mas negligencia.

Las caballerizas están limpias y brillantes como museos, y los museos están sucios y asquerosos como caballerizas de provincia: mientras que las obras maestras de célebres artistas se apolillan y pudren entre el polvo y en la soledad, el concurso elegante se prensa y estruja en Zoological-Gardens alrededor del Hipopótamo mimado y cuidado con el cariño que se prodiga á una querida (4). Este monstruo es el dije favorito de la escogida sociedad. ¿Hay cosa tan galante, tan minuciosa que sea comparable con las atenciones y agasajos que se le prestan? ¿Y qué mas sombrío, mas lleno de polvo que el peristilo de National Gallery, mas pobremente decorado que las salas de pintura, y el ensamblado del pi-

(4) Nada ha hecho mas ruido y sensación en Londres en este año, como la llegada de este hipopótamo vivo á la casa de fieras de la Sociedad Zoológica. Todos los periódicos pintorescos de Inglaterra, han presentado el retrato de este anfibio y su custodio. Por lo demás, es una conquista preciosa para la ciencia, la aclimatación en Europa de un hipopótamo sano y salvo, como dice el *Illustrated London*. Hasta ahora no solo no se había conseguido poder trasportar á nuestras regiones estos extraños y monstruosos anfibios, sino que aun en el mismo Oriente viven de tal manera aislados y escondidos, que aun los mas diestros cazadores apenas consiguen sorprender alguno después de años enteros de acecho y penalidades.

El hipopótamo es un regalo del virey de Egipto, y fué cogido en la isla de Obaysch, en julio de 1849: las precauciones y cuidados que ha sido necesario emplear para hacerle atravesar una distancia de mil ochocientas millas, los torrentes de agua pura gastados cada dia para su baño, las dificultades inauditas para trasbordarlo desde la isla al Cairo, desde este al steamer *el Ripon*; del steamer al camino de hierro; y finalmente, de éste al jardín zoológico, forman una odisea prodigiosa que todos los ingleses han devorado en sus diarios y que ha elevado el nombre de Mr. Murray al lado del de los conquistadores de la India y de la América.

Un agente americano, estando en Alejandría había ofrecido ciento veinte mil francos por un hipopótamo sin que ningún especulador se decidiese á hacer con este objeto una escursión al Nilo Blanco.

Luego que el regalo del virey, viajando por el canal de Alejandría, hizo su entrada en el Cairo, fué preciso eclipsarlo á la admiración de diez y ocho mil curiosos, y darle una guardia armada como á un potentado para escoltarlo y protegerlo hasta entrar á bordo del *Ripon*.

Apenas desembarcado en Londres, fué el objeto de una romería increíble: las autoridades superiores se informaron y aseguraron de su estado de salud, de su genio, temperamento, sus necesidades y hasta de sus mas mínimos caprichos. Parece que lo pasa bien y que es feliz; da vueltas y brinco dentro del agua, quiere mucho á su guardián árabe, y le obedece con la mayor docilidad. Apenas tiene doce meses, y ya promete un desarrollo colosal: todos sus compañeros hinchados de paja que están en los *museums* no pueden dar una idea de su fisonomía. ¿Se creará, sin embargo, que un animal tan pesado, estando en el agua tiene la agilidad del pez mas ligero? El momento favorable para verlo, es el en que sale del baño para descansar tranquilo y bienaventurado á la orilla de su charca ó estanque. La Sociedad Zoológica le ha construido un verdadero palacio acuático y terrestre, y lo ha rodeado á costa de gastos inmensos de todo cuanto puede recordarle las costumbres y las delicias de su país natal.

(N. de la R.)

so? Una sola cosa está bien dispuesta, que es la abundancia de bancos y sillones arimados á las paredes para que descansadamente puedan contemplarse todas las pinturas. A escepcion de lo dicho, esta colección de cuadros es de una riqueza admirable. Parece que para formarla se haya ido tomando de los grandes artistas sus autores el mas bello florón de sus coronas. La Francia ha contribuido con los mejores cuadros del Pusino, y los mas bellos países que se conocen del Guaspro y de Claudio Lorenés: la Italia la ha abastecido con profusion. Citaremos el magnifico retrato de Julio II por Rafael, sacado del palacio Falconieri en Roma, reproducción del que se admira en Florencia en el palacio Pitti; y sobre todo el cartón de tamaño mas grande que el natural de la *Degollacion de los inocentes*, obra maestra, de vigor, de movimiento y energía: el artista llega, cosa rara, á la sublime, sabia y terrible espresion de Miguel Angel.

La *resurreccion de Lázaro*, por Sebastian del Piombo, es el mejor cuadro que nos ha venido de Italia de este pintor.



Mr. Murray.

El *Sueño*, ó *Contemplacion de la vida humana*, composición extraña y primorosa de Miguel Angel; cinco cuadros de Ticiano, entre los cuales la *Leccion de música* ha sido una excelente adquisición de Carlos I; seis del Corregio, tres de ellos á la verdad nos han parecido que no eran de su mano: el mejor de todos es *Cupido instruido por Mercurio*; Carlos I lo habia adquirido del duque de Mantua.— Un bellissimo retrato de muger ejecutado por el Broncino, y otro todavía mas notable de J. Belino, que representa al dux Loredano... Perugino, Giorgion, Pablo Veronés, Canaletto, Francia, Garofolo y otros varios italianos adornan esta galería en que figura tambien un excelente país de admirable efecto y colorido de Salvador Rosa.

(Se continuará.)